

La Ilustración Artística

Año XXVI

← BARCELONA 11 DE MARZO DE 1907 →

Núm. 1.315



Desposorio místico de la Virgen con el bienaventurado Hermán, de la orden de los Premonstratenses
cuadro de Van Dyck existente en la Galería Imperial de Viena. (Publicación autorizada por la Compañía fotográfica de Berlín.)

ADVERTENCIA

Próximamente repartiremos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de la serie del presente año, que será la novela

LUZ Y SOMBRAS

original del famoso escritor inglés lord Bulwer-Lytton.

Es una obra que no dudamos será acogida con verdadero entusiasmo, porque se trata de una novela de acción interesantísima, llena de emocionantes episodios, y en la que al profundo espíritu de observación y al perfecto conocimiento del corazón humano, hermánanse la verdad y el vigor con que el autor traza los caracteres de sus personajes y la maestría con que describe el medio en que éstos se mueven.

La novela ha sido traducida del inglés por D. Pelayo Vizueté é ilustrada por Calderé.



Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Un robo singular*, por W. M. Timms. — *El moro «Valiente»*. — *El último descubrimiento de Pompeya*. La casa de los «Amorcillos dorados», por Carlos Abeniacar. — *El naufragio del vapor «Berlín» en las costas de Holanda*. — *Notas barcelonesas*. La fiesta del Arbol. El nuevo gobernador. — *Nuestros grabados artísticos*. — *Espectáculos*. — *El miedo á la vida*, novela ilustrada (continuación). — *Cosas de China*. El hambre y la peste. — *El aeroplano Kasperer*.

Grabados.— *Desposorio místico de la Virgen con el bienaventurado Hermán, de la orden de los Premonstratenses*, cuadro de Van Dyck. — Dibujos que ilustran el artículo *Un robo singular*. — *La abuela*. — *Los ciegos*, esculturas de Guillermo Charlier. — *Mohamed Bulatich, llamado el moro «Valiente»*. — *El moro Coronel, jefe de la escolta del «Valiente»*. — *La llegada de Seiss en el concurso automovilista del Gers, de 1906*, cuadro de Schryver. — Tres grabados del último descubrimiento de Pompeya. La casa de los «Amorcillos dorados». — *Vistas del vapor «Berlín» naufragado en las costas de Holanda*. — *El capitán del «Berlín» Mr. Precious*. — *En la sala de espera*, cuadro de Ricardo Pollak-Karlin. — *Retrato de la Sra. X*, por Otón de Bruenauer. — *Ensueños de antaño*, cuadro de E. Veith. — *Barcelona*. La fiesta del Arbol celebrada en el Tibidabo. — *El gobernador civil en la recepción diaria de los periodistas*. — *El gobernador civil en el Hospital de San Pablo*. — *El hambre y la peste en China*. Dos vistas de los campos de concentración. — *París*. El aeroplano Kasperer. — *Budapest*. Las hijas del Rhin en el teatro de la Opera.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Os habéis fijado alguna vez en cómo las necesidades se multiplican mediante la civilización? Robinsón Crusoe, en su isla, se valía para coser de una espina aguzada. En nuestro existir moderno, la mujer más humilde y pobre necesita urgentemente alfileres, horquillas y agujas. Y la fabricación y venta de estos artículos constituye un ramo importantísimo de la industria, y su adquisición es un renglón del presupuesto..., excepto para las criadas de servir, que se sirven del costurero y el tocador de sus amas.

* * *

Lo más económico, en materia de alfileres, es hacerlos de perlas ó de oro, porque así se tiene cuidado de no perderlos. Lo más económico en materia de horquillas es la horquilla de concha rubia legítima, que cuesta quince ó veinte francos: entonces se procura conservar siempre el juego completo, recogiendo cuidadosamente todas las noches. Algo semejante puede decirse de la vajilla y servicio de mesa de plata: salen baratos, á la larga, porque no se rompen. No hay utensilio más caro que una copa de cristal: al cabo de tres ó cuatro años de reponer cristalería, habríais hecho de plata la copa. Con las horquillas del pelo sucede igual: las haríais hasta de diamantes si pusieseis el valor de las que se os han perdido en vuestra vida. Un paquete de horquillas desaparece en ocho ó diez días; y venga otro, y otro, y otro, sin cuento. ¿Cuál es el paradero de las horquillas? ¿Van al polvo, ó al moño de las sirvientas? No se sabe. Desaparecen, se evaporan, se disipan. Otro tanto ocurre con los alfileres. Yo los compro por kilos —en Francia se venden así, al peso— y estoy sorpren-

didada de lo que este artículo corre. Nadie se cuida de un alfiler; ¿qué importa, qué vale un alfiler?

Un alfiler se da gratis: entrad en las tiendas, pedidlo para reparar cualquier avería de *toilette*, y os lo regalan; os regalan media docena, diez; los necesarios. — Un alfiler no se devuelve. Un alfiler se tira. Un alfiler no tiene precio, porque es despreciable. Otro tanto debe afirmarse de las agujas. Apenas si existe, sobre estos objetos, noción del derecho de propiedad. Las modistas desdeñan de tal modo cuidar de las agujas, que se las dejan clavadas en la prenda que os envían del taller. Vais á poner os un corpiño, y os hincáis una aguja en el mismo grueso del hombro. Es que la modista no ha creído que merecía la pena de recoger la aguja. Las infelices lavanderas, mil veces, reciben en el mollar de la palma la aguja entera y verdadera, abandonada en la pieza de ropa blanca al coserla ó repararla. Nada vale la aguja... y vale que le tengan que cortar una mano á una desventurada que del trabajo de sus manos vive.

* * *

Los crímenes de amor, como siempre: no decrecen ni se interrumpen. La primavera no ejerce sobre ellos ningún visible influjo: durante el invierno asaz frío que acabamos de soportar, la sangre ha hecho su oficio igual que si la espolease la subida de la savia. Siguen siendo hermanos, no sólo de padre y madre, sino gemelos, el amor y la muerte—según el dicho del poeta.—El hombre, y fuera más exacto decir «la bestia humana», no conoce mejor ni más eficaz modo de rendir culto á la «diosa del placer» que esgrimir la navaja, apretar el gatillo del revólver, herir, destruir, brutalizar... ¡Miserable especie humana! ¡Como si no tuviese suficientes amarguras, dolores, enfermedades, decepciones y tribulaciones de toda índole!

Tales crímenes, en la juventud, y en este punto del globo, van estrechamente relacionados con la falta de educación y de cultura. El hombre de ciertas capas sociales, en Madrid, está siempre dispuesto á agredir, apenas encuentra obstáculos á su voluntad sin mesura. No hay entre tales gentes discusiones, sino disputas; no hay requerimientos, sino acosones; no hay observaciones, sino reproches é injurias. Esta disposición puntillosa, colérica y acometiva, aplicadla á cuestiones de tan peliaguda psicología como las amorosas, y comprenderéis que tienen desenlace los conflictos en la navaja, la pistola, el palo y los dedos alrededor del pescuezo. La dulce poesía del sufrimiento resignado y silencioso; la delicadeza del alejamiento cuando lo impone la altivez de un sentir profundo; la magnanimidad del perdón que desdeña la venganza; todo lo fino y lo hondo de la pasión herida en almas bien templadas y nobles..., no pueden conocerlo estas gentes incultas y agudas á la vez, empapadas de vino y lascivia, parroquianas de los teatros *sicalípticos*, dicharacheras, mofadoras, juerguistas por temperamento, que llevan la chulería en las venas y la soberbia zafia en el habla y en la acción. Salid á pie y recorred, sin objeto, las calles céntricas: observad, y los candidatos al crimen pasional se os presentarán ante la vista, envueltos en la capita que mañana mismo llevarán á la casa de empeños, no para atender al enfermo de la familia, no para pagar deudas apremiantes, sino para el coqueo y para convidar á sus daifas al café y á Price... Notad como, en esa esquina, dialogan uno de capita y gorra ladeada, y una de pobre mantón y complicado moño... El diálogo se anima: él alza la mano y descarga bofetón redondo... Ella titubea, llora, luego ríe..., ni siquiera pide auxilio: el bofetón está en el programa. Y ese bofetón es el preludio de lo que vendrá más tarde, en una hora de exasperación brutal de celos ó de soberbia: es el anticipo del navajazo feroz, del estrujón de nuez que rompe el cartílago, del puntapié que desgarrá las entrañas, del palo que abre el cráneo, del proyectil que se incrusta en la masa encefálica... ¡Va tan poco del primer maltrato al crimen! La bofetada anuncia la muerte; y las emplazadas, sin embargo, media hora después de haber recibido en la mejilla el golpe y el insulto, se cuelgan del brazo del ofensor y se van con él á celebrar los chistes de una obreja teatral, donde quizás ven reproducida, en broma, la escena en que acaban de ser protagonistas...

* * *

El chiste es la otra faz de la vida toscamente disipadora de una parte de la población madrileña. El chiste ha llegado á ser una plaga, una enfermedad social. Y entendámonos, para que no se me atribuya el propósito de «matar la alegría.» El chiste, al menos el que por aquí se gasta generalmente, se parece á la gracia y á la discreción como puede parecerse á la sonrisa la mueca. Muecas, contorsiones y visajes

del espíritu atontado son los chistes que oímos dondequiera. Son fúnebres como sepultureros beodos. A la verdad, nada escasea tanto como las personas oportunas, y cuando trescientas mil personas se echan diariamente á la calle resueltas á decir sus correspondientes chistes, lo que sobreviene es un charrón, infalible, de necedades, frialdades y despropósitos.

En el afán del chiste, los desabrídos y sosainas echan mano de lo primero que encuentran. Pasa una persona hablando con otra, y el gracioso por obligación recoge la última palabra que les oye cruzar, y la repite en voz alta, irónicamente; sencillo sistema, de infalible efecto. Decía, por ejemplo, el transeunte:

—Sí, ya va mejorando, desde que toma el jarabe...

Y el gracioso, exaltado, chilló:

—¡Jarabe, jarabe, olé! ¡Que les den jarabe, que les den jarabe á esos!

Dos ó tres inteligentes espectadores corean con carcajadas el divertidísimo y discretísimo comentario, y el chistoso queda encantado de sí propio y bendiciendo la hora en que nació.

Pasan momentos después dos señoras, en vivo diálogo de trapos. Una de ellas murmura:

—No, lo que debe llevar al borde de la falda...

Y salta el gracioso, cazando al vuelo el tema y apretando la inteligencia:

—¡La falda! ¡La falda! ¡Olé las faldas, olé, jamona! ¿Quiéste al borde de la falda yevarme á mi cosío? (Aquí, un ronquido picaresco.)

De este género, corte y casta son los chistes que nos infestan, caro lector... ¿No es cierto que dan ganas de convertirse en una de esas ninfas mitológicas que se deshicieron de tanto llorar, hasta que quedaron convertidas en arroyos ó en ríos?

* * *

¿Pues y los colmos y las semblanzas?

Si Dios no lo remedia, el meollo de todo Madrid será en breve una espuerta de serrín mojado, que pesa más que el seco...

No se puede entrar en una casa, en un círculo, en un teatro, sin que os salte á la garganta la semblanza ó el colmito.

¿En qué se parece un pescado á un bastidor de bordar? ¿Y un freno de un caballo á un real decreto? ¿Y una choubersky á las piernas de las bailarinas del Real? ¿Y un higo chumbo á las monjas Salesas? ¿Y los cheques del Banco á la domadora de leones? ¿Y María Guerrero á la chimenea de una fábrica? ¿Y los obispos á los veterinarios? ¿Y una muñeca articulada al último eclipse? ¿Y dos cacahuets á la *Walkiria* de Wagner? ¿Y Su Santidad Pío X al restaurant de Novelty?

¿Cuál es el colmo de la buena educación? ¿Y el del aburrimiento? ¿Y el del cariño? ¿Y el de la riqueza? ¿Y el de la civilización? ¿Y el de la sicalipsis? ¿Y el de la habilidad? ¿Y el de la cortesía? ¿Y el de... etcétera, etcétera?..

* * *

Pasa con esto de los colmos y semblanzas lo que con los donaires: para uno regular, hay doscientos mil en que brilla la más inefable estupidez. Una población en que abundan los desocupados, los inútiles, los ociosos temperamentales; en que la moda impone el chiste; en que no es persona regular el que no *chiste*; en que el ingenio se mide con la vara del colmo, la semblanza y el retruécano, va á convertirse en uno de esos bosques de Oceanía poblados de mosquitos, más ó menos infecciosos, que unos envenenan y otros pican solamente, pero todos hostigan, marean y molestan al mísero y descuidado viajero. Antaño hubo en Madrid graciosos profesionales: Correa fué uno de ellos. Hogaño es chistoso hasta el golfillo que os pide limosna haciendo agudezas punibles y tratando de arrancaros, envuelta en la risa, la moneda. La menegilda, al presentar el cesto de la compra, suelta un chiste; el carbonero, al arriar el negro saco, alardea de festivo humor; el acomodador del teatro no omite la jocosidad; el hortera os vende cinta y galón y os regala donaire; el simón tiene «sus caídas»; el guardia de orden público filósofo humorísticamente; el joven náufrago «del vapor Lila» se pone á sí mismo en agradable solfa... Es una delicia ver cómo se ha desestancado y repartido por igual entre todas las clases y esferas el tesoro de la sal, antes patrimonio de unos pocos. Y entre tanta risa como nos cae del cielo..., nos sentimos devotos de Heráclito, encargamos pañuelos de un metro en cuadro y pedimos á la botica acibar, porque la ictericia será en breve más epidémica que la gripe...

EMILIA PARDO BAZÁN.

UN ROBO SINGULAR

—Hotel du Prince, rue St. Honoré, grité al coche-ro, mientras daba la mano á la que hacía poco era mi esposa, para que subiera á un simón, en la parte exterior de la gran estación Terminus de París; en el acto partimos á todo escape.

Son, indudablemente, los cocheros de París gente de mucho empuje.

El nuestro arreaba su caballo de modo que más parecía llevar un cañón al campo de batalla, que á un pacífico anglo-sajón y á su esposa á un hotel donde pensaban pasar la luna de miel, en la ciudad alegre por excelencia.

Doblamos velozmente las esquinas de varias calles cuajadas de gente, imprimiéndonos violentas sacudidas, y desembocamos, á todo correr, en la Place Vendome, donde, antes de que pudiéramos darnos cuenta de la inminencia del peligro que nos amenazaba, chocamos con otro vehículo, que venía en dirección contraria.

Fué tan violenta la conmoción, que mi maleta de mano saltó al medio del arroyo. Mi mujer gritaba, los cocheros maldecían y en un momento se congregó alrededor

nuestro una turbamulta. Los enfurecidos automedones saltaron de sus asientos, y bajo un terrible bombardeo de injurias, se lanzaron uno sobre el otro, estremeciéndose y gesticulando de cólera. Los espectadores, excitados, se echaban hacia adelante, deseosos de presenciar el combate que se avecinaba, cuando, con gran disgusto y desencanto de mi parte, los querellantes se limitaron á volverse las espaldas y se pusieron á examinar tránquilamente los desperfectos que sus respectivos vehículos habían sufrido, en medio de las burlas y risas de los mirones.

Durante toda aquella escena de confusión y algarabía, no hubo más que un solo individuo que no perdiera su aplomo. No fuí yo ese individuo. ¡Muy lejos estaba de ello! Fué un caballero de buen aspecto que estaba entre los espectadores y que en un momento, sin duda, de distracción, echó á andar con mucha calma llevándose mi maletín. Sin embargo, no me fué difícil alcanzar al tal sujeto y recobrar mi maleta.

Continuamos nuestro viaje y llegamos por fin á la calle de St. Honoré.

—¡Qué es esto!, exclamó mi mujer. ¿Donde está tu alfiler de corbata?

Llevé á ella la mano, buscándolo. Había desaparecido.

Era un regalo de boda hecho por mi mujer. ¡Un alfiler de oro con dos hermosos diamantes! Debieron habérmelo robado hacía un momento, cuando iba por entre el grupo de gente en persecución de mi maletín en la plaza de Vendome.

Recordé entonces lo prolijamente que se había disculpado aquel señor, alto y delgado, cuando yo le dije que por error sin duda había cogido mi saco de viaje, y pensé que al devolvérmelo debí llevarse en cambio mi alfiler de diamantes. ¡Qué cosa tan cargante era que al comienzo mismo de nuestro viaje de boda nos hubieran zarandeado y robado de aquella manera!

El día siguiente amaneció claro y hermoso, y á las diez de la mañana ya estábamos instalados en el imperial de un tranvía que nos llevaría á Versailles. En aquella altura sólo iban otros dos pasajeros, burgue-

ses bien acomodados, al parecer. Uno de bastante corpulencia, el otro delgado y de aspecto algo melancólico.

En cuanto echamos á andar, principió á charlar mi mujer, mientras yo le indicaba el camino que se-

pero yo ya me había puesto en guardia y no dejé escapar señal alguna de haber oído su conversación, ni de haber reconocido, en el individuo de aspecto melancólico, al ladrón que me había robado mi alfiler de diamantes la noche anterior. El interés que me inspiraban los bribones de mis vecinos creció cuando el aire trajo á mis oídos distintamente la siguiente conversación sostenida en voz baja:

—La policía registrará hoy tu habitación, dijo el ladrón gordo.

—No hallarán nada, contestó su compañero.

—¿Qué hiciste anoche con ellos?

—Los eché al buzón de correos.

—¿Cómo?

—Escondidos en un número del *Figaro*.

—¿Dirigido á quién?

—A Mr. Luis Duprée, de Lyon, C. O. Restaurant du Palais, Sevres.

—¿Y bien?

—Pronto almorzaremos allá y tú le pedirás al mozo las cartas que hubiera allí para ti.

—Perfectamente, exclamó el hombre grueso limpiándose con el pañuelo el sudor de la frente y mirando con ansiedad hacia Sevres.

Después guardaron silencio y yo me quedé pensando en las noticias que gratuita é inconscientemente me habían comunicado. Era evidente que mis diamantes aguardaban á que los reclamaran en el Restaurant du Palais, en Sevres; evidente era también que si yo me adelantaba á los ladrones podría tener la suerte de recobrar mi perdido regalo de boda. Pero la empresa requería obrar con cautela y prontitud, y más que nada, era de suma importancia que no llegaran á desconfiar ellos de mí.

Así fué que, para convencerles de lo ignorante que estaba de sus propósitos, me volví hacia mi vecino el francés grueso, y de la manera más natural le pregunté si hablaba inglés. Pero él se limitó á sonreírse, encogerse de hombros, quitarse el sombrero y decir que no, con la cabeza. Después, pidiéndole amablemente el periódico que tenía en la mano, escribí en él la palabra Sevres

y mostrándosela le indiqué, por medio de gestos, que me señalara hacia qué parte quedaba.

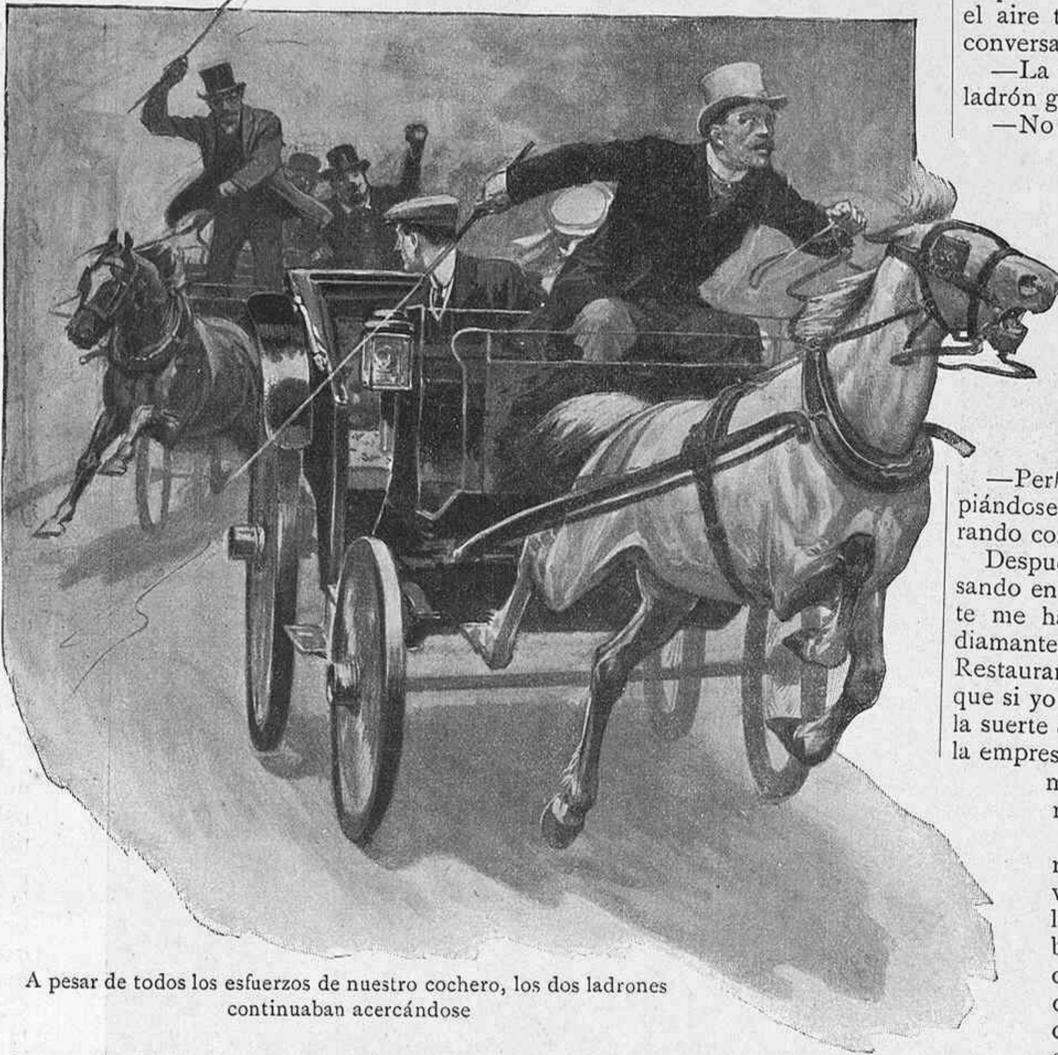
—Hacia allí, caballero, me dijo, indicándome con el dedo un pueblo que teníamos á alguna distancia á nuestro frente.

Le dí las gracias en inglés por su amabilidad, y comencé á hacer mis preparativos para apearnos. En cuanto llegamos á Sevres, los ladrones, que nada sospechaban, se bajaron, como yo había supuesto, y tras ellos mi mujer y yo, que nos quedamos un minuto ó dos plantados en la acera, con aquel aire de no saber qué camino tomar, peculiar de todos los turistas.

Desde aquella atalaya, atentamente seguí con la vista á los dos bribones que se encaminaban al restaurant. Luego, explicándole apresuradamente á mi mujer lo que pasaba, la dije que se aproximara á los dos tunantes y les pidiese que la indicaran la dirección de Ballincourt, pueblo inmediato á Sevres, mientras yo iba al restaurant du Palais á reclamar mis diamantes, antes que ellos pudieran hacerlo.

La estratagema salió á pedir de boca.

Mi mujer se dirigió denodadamente á los ladrones en el momento en que entraban en el restaurant y elegían mesa. Acercóse con la mayor naturalidad, y extendiendo el mapa sobre la mesa, escribió despacio la palabra Ballincourt. A los franceses parece que les hizo gracia la *sans façon* de mi mujer, y dejando sus asientos, con mucha complacencia la acompañaron hasta el medio de la calle y le indicaron el camino de Ballincourt. En cuan-



A pesar de todos los esfuerzos de nuestro coche-ro, los dos ladrones continuaban acercándose

guíamos en el mapa de la Guía, que extendí sobre nuestras rodillas. Los franceses estaban sentados cerca de mí, y también entablaron conversación entre ellos.

Al principio hablaban muy bajo, así es que no comprendía bien el sentido de sus palabras. Poco después, sin embargo, cuando acabábamos de pasar por el Trocadero, oí perfectamente que el hombre grueso decía:

—De todos modos, los diamantes bien valen la pena.

—Habla bajo, le dijo su compañero, al mismo tiempo que se volvía y clavaba en mi rostro una mirada escrutadora.



Me estrecharon la mano, me abrazaron...

to volvieron la espalda, me dirigí directamente al mostrador que había en el restaurant y pregunté si no me habían mandado allí un número del *Figaro* dirigido a nombre de Mr. Luis Dupré, de Lyon. La señora que allí estaba lo cogió de una taquilla; con mano temblorosa lo recibí y apresuradamente me reuní con mi mujer.

—Vamos, de prisa, le dije al mismo tiempo que, con mucha amabilidad, me quitaba el sombrero para saludar a los ladrones.

Con rapidez echamos a andar, tomando la dirección de Ballincourt. A la entrada del puente de Sevres había afortunadamente un carruaje de alquiler. Saltamos dentro de él y ordenamos al cochero que nos llevase a París lo más aprisa posible.

Durante un corto rato seguimos nuestro camino sin que nadie nos persiguiera; pero en el momento en que penetrábamos en la avenida de Versailles, oímos a gran distancia, a nuestra espalda, un coche que gradualmente iba dejando atrás a cuantos venían por el camino. A cada minuto nos iba ganando terreno. Con gran ansiedad pedí al cochero que arreará. Le dije que tenía una cita que me interesaba mucho y le prometí una propina de cinco francos con tal de que llegáramos a la Plaza de la Concordia a las doce en punto. Corríamos desesperadamente; pero a pesar de todos los esfuerzos de nuestro cochero, los dos ladrones continuaban acercándose. Por fin cruzamos por el Trocadero y entramos en el Cours la Reine; pero nuestros perseguidores estaban ya tan cerca, que gritaron al cochero que se detuviese.

—Para, decían a grandes voces; esos ladrones de ingleses nos han robado lo nuestro.

El cochero, al oír esa acusación, se volvió hacia nosotros y nos miró con curiosidad un momento; pero yo fingí tomar a broma el incidente, y después de recordarle mi cita y mi propina, le dí a entender que los señores del otro carruaje venían de almorzar fuerte. Durante unos cuantos minutos seguimos corriendo a quien más, y luego, por último, al entrar de pronto en la plaza de la Concordia, nos alcanzaron y se apearon con nosotros. Su presencia, ya allí, no me alarmaba, pues sabía que no tenía que temer ninguna violencia de su parte, siendo aquel un lugar muy frecuentado, por donde discurrían multitud de personas decentes en todas direcciones.

Con gran sorpresa mía, sin embargo, los dos ladrones parecían estar muy satisfechos del giro que habían tomado las cosas, porque, en cuanto bajaron del coche, se acercaron al nuestro con un aplomo lleno de dignidad. Con gestos y signos muy animados trataron de hacerme entender que yo había sufrido una equivocación.

—¡El diario, el *Figaro*!, gritaban.

Y las personas que pasaban principiaron a detenerse y a mirarnos. Los ladrones continuaron su pantomima algún tiempo, hasta que la vista de su desvergüenza comenzó a hacerme salir de mis casillas, y envalentonado por la presencia de la gente, por fin saqué el tan buscado *Figaro* y en voz baja le dije al más delgado en muy buen francés:

—Caballero, ¿no recuerda usted haberme robado anoche, en la plaza de Vendome, un alfiler de brillantes? Pues bien: esta mañana, cuando íbamos en el imperial del tranvía, le oí a usted que decía a su compinche que para dar el quiebro a la policía había

usted quitado los brillantes y los había echado al correo dirigidos a M. Luis Dupré, de Lyon, restaurant du Palais, Sevres. Yo soy un ciudadano cualquiera y además tengo la desventaja de ser extranjero. Así, pues, comprendan ustedes, señores, que me proporciona una inmensa satisfacción el haber podi-

do hubimos llegado a un sitio a propósito. Ha tenido usted una equivocación muy singular. Mi amigo, M. Gerard, no es la persona poco decente a quien dice usted que se parece. Es uno de los más ricos y respetados joyeros de París. Anoche tomó la prudente determinación, que no deja de ser puesta en práctica con frecuencia, de entregar al cuidado del correo nacional un paquete valioso de diamantes para que yo escogiera algunos en Sevres, en vez de confiarlos a la dudosa buena fe de un dependiente.

¡Ah, querido señor!, en su estado de ofuscación ha hecho usted una deducción falsa y ha cogido lo que es de él creyendo que era de usted.

Por supuesto, yo sabía que todo aquello no era más que tratar de echarme tierra a los ojos, y casi me temía que los ladrones intentaran arrebatarme el *Figaro* si les daba ocasión para ello. Permanecí, pues, a una respetable distancia mientras procedía a quitar la cubierta al diario.

—¡Ah, por favor!, tenga usted cuidado, exclamó en tono suplicante el bribón flaco. El paquete de papel azul que viene dentro vale por lo menos 20.000 francos y usted será responsable si algún diamante se pierde.

No pude menos de reirme al ver la bien fingida intranquilidad que aparentaba mientras yo descuidadamente quitaba la envoltura y comenzaba a desdoblar el *Figaro*. Por último tropecé con un pequeño paquete de papel azul, cuidadosamente medido entre los dobleces del periódico, y allí mismo, bajo la apacible sombra de los árboles de los Campos Elíseos, con precaución y lleno de confianza abrí el envoltorio. Contenía de treinta a cuarenta diamantes de los mejores que en mi vida he visto.

—Ya ve usted la gran equivocación que usted ha tenido, dijo casi sin aliento el joyero. ¡Ah, qué mal rato nos ha hecho usted pasar!

Quedéme mudo y confundido. Aquellos diamantes no eran míos. ¡Yo los había robado! En mis mismas manos tenía la prueba convincente de mi delito y de la inocencia de aquellos franceses.

Humildemente devolví aquellas piedras preciosas al joyero, le dí mi tarjeta y le pedí me perdonase mis falsas acusaciones.

Nunca olvidaré la franca y cordial generosidad con que se portaron aquellos caballeros, que me estrecharon la mano y me abrazaron. Lleno de agradecimiento regresé con mi mujer a la alegre y bulliciosa plaza de la Concordia.

Los vendedores de periódicos estaban pregonando el *Petit Journal* con la noticia de un crimen. Compré el diario y leí que en la noche anterior unos ladrones habían efectuado un robo de piedras preciosas de gran valor en una joyería de la calle de St. Denis, y al verse sorprendidos por el dueño le habían asesinado.

Por algunos detalles que daba el periódico comprendí que los criminales eran los mismos que momentos antes me habían abrazado después de haberles yo devuelto los diamantes robados.

Efectivamente. El caballero distraído de la plaza Vendome era, como yo había sospechado, el mismo francés de pocas carnes a quien había vuelto a encontrar aquella mañana en el tranvía. Me quitó la noche antes el alfiler de corbata por no tener la mano ociosa mientras se encaminaba a la calle de Saint Denis a reunirse con su cómplice para perpetrar un robo ó tal vez un asesinato premeditado.

W. M. TIMMS.



La abuela, escultura de Guillermo Charlier

do dar chasco a un par de bribones tan consumados como ustedes. Los diamantes que hay en este paquete son míos, y si ustedes insisten en su comedia, haré que los agentes de la autoridad los detengan.

—Caballero, replicó melosamente el ladrón melancólico, usted sufre realmente una equivocación muy rara.

Y luego, como si se le acabara la paciencia para oír mis desatinos, añadió con tono firme y resuelto:

—Antes de llamar a aquel gendarme y hacer que le prenda a usted por haberme robado lo que es mío, quiero hacer extensiva a usted y a su linda esposa la consideración que se debe a los extranjeros. Si usted quiere tener la amabilidad de venir con nosotros unos cuantos pasos, nos alejaremos un poco de este grupo de gente y yo le probaré, a su completa satisfacción, que el contenido de ese paquete por ningún concepto le pertenece.

No había manera de negarse a una proposición tan razonable. Así fué que anduvimos un trecho por entre los árboles, llevando yo en la mano bien sujeto el *Figaro* y guardando una prudente distancia de aquellos bribones.

—¡Ah, caballero!, dijo el hombre corpulento cuan-

EL MORO VALIENTE

Hace pocos días presentóse en Ceuta Mahomed Bulaich, más conocido con el sobrenombre de «moro

de pedir la nacionalidad española, y en caso de obtenerla, proponíase venir á España para prestar personalmente homenaje á D. Alfonso XIII y hacerle un rico presente.

Mahomed Bulaich era hombre dotado de no vulgar inteligencia y de extraordinaria astucia. Sus fechorías le habían valido el apodo que ostentaba, y contaba con un buen contingente de secuaces que le



Mohamed Bulaich, llamado «moro Valiente,» recientemente fallecido
(De fotografía de J. G. Vázquez, de Ceuta.)



El moro Coronel, jefe de la escolta del «Valiente»
(De fotografía de J. G. Vázquez, de Ceuta.)

Valiente,» con objeto de proponer al gobernador militar de aquella plaza la construcción de una carretera hasta Tetuán, ofreciéndose á costear de su bolsillo particular los gastos que dicha obra ocasionase. Al propio tiempo manifestó, según parece, vivos deseos

Todos estos ofrecimientos y propósitos han resultado vanos, si es cierta la noticia que, cuando escribimos estas líneas, publica la prensa diaria. En efecto, el telégrafo comunica desde Ceuta que el «moro Valiente» ha fallecido á consecuencia de una pulmonía.

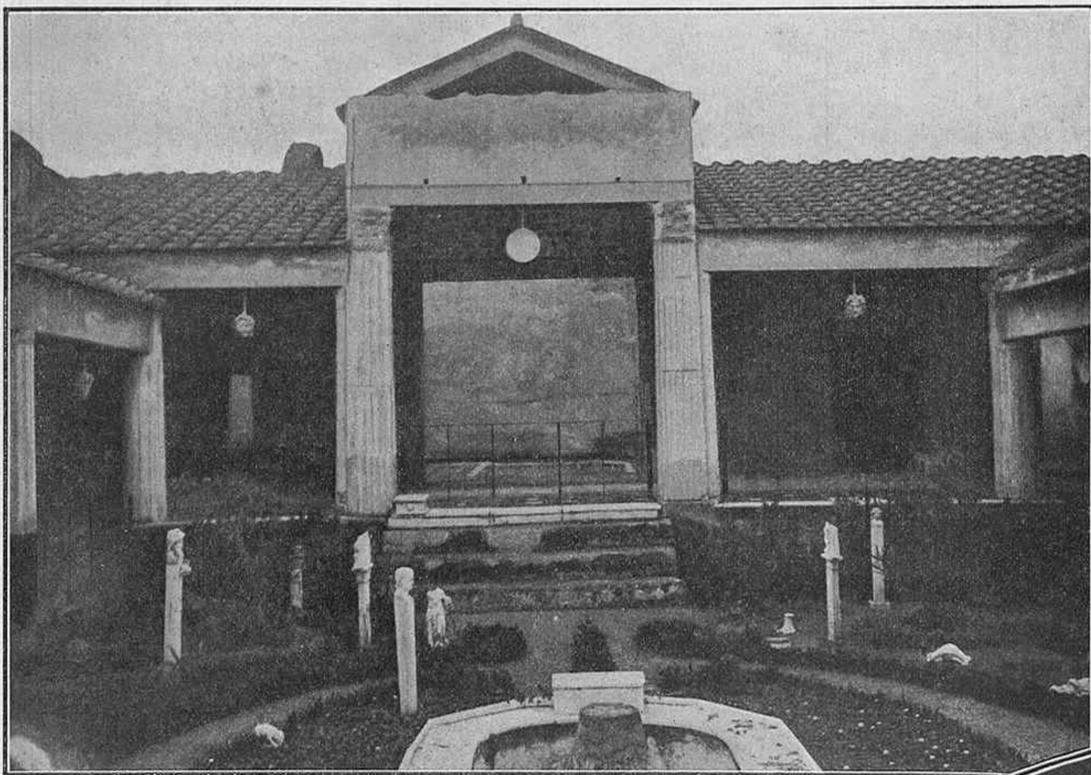
obedecían ciegamente. Era uno de tantos osados aventureros que, burlándose de las órdenes del sultán, campan por sus respetos y son, en la región en donde operan, más amos que el mismo soberano marroquí, el cual no habrá sentido su muerte. — R.



La llegada de Szisz en el concurso automovilista del gran Gers, de 1906. Cuadro pintado por Schryver y adquirido por el Estado francés.
(De fotografía de M. Branger.)

EL ÚLTIMO DESCUBRIMIENTO DE POMPEYA. — LA CASA DE LOS «AMORCILLOS DORADOS»

Antes de entrar en materia, séame permitido decir que mis fotografías, que al fin me ha permitido sacar la «Dirección de las Excavaciones» de Pompeya, italianos, que se proponían silbar al autócrata ruso, fueron causa de que se suspendiera el anunciado viaje.

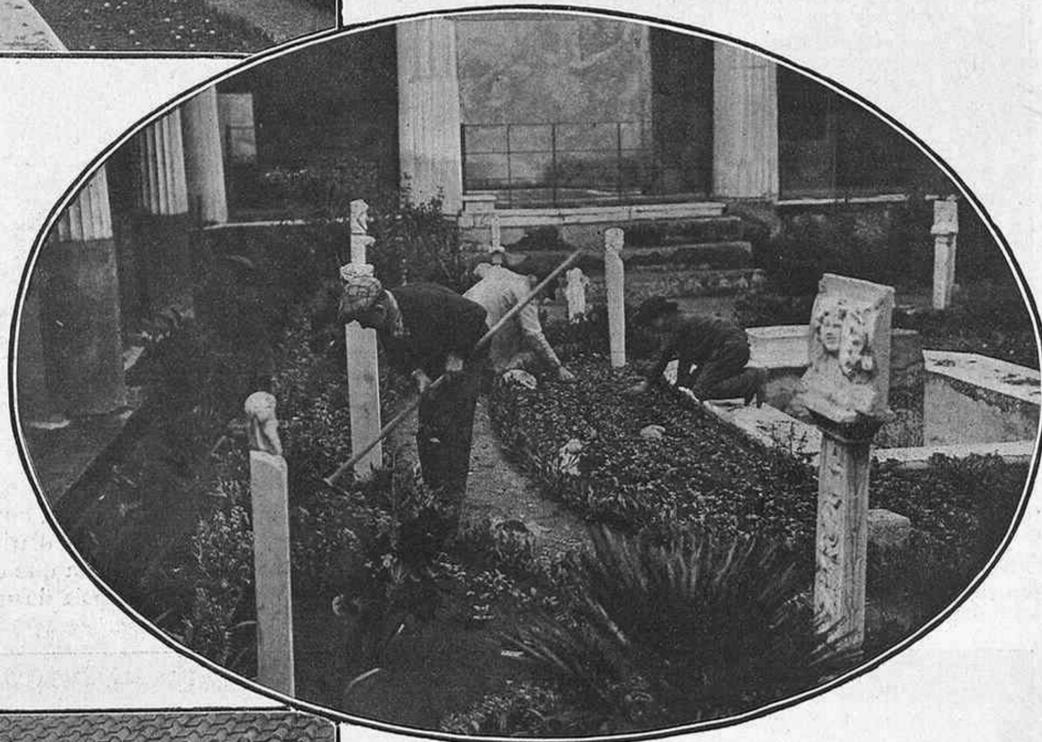


Etona ó frontón del peristilo

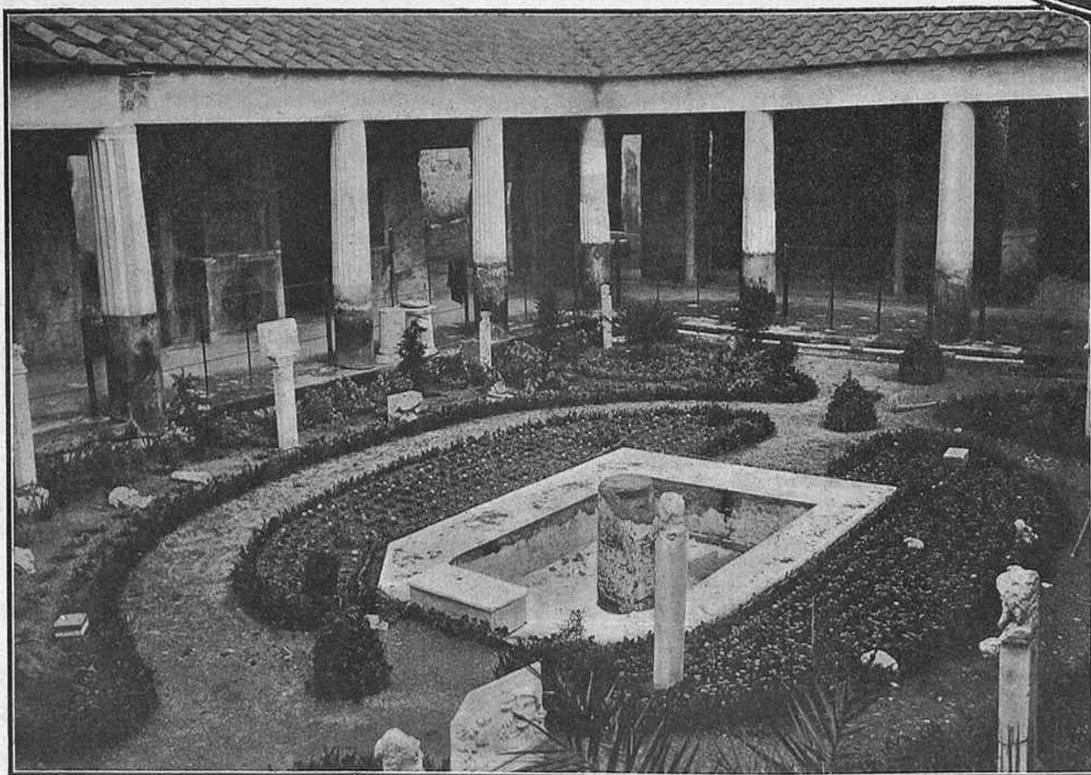
son las primeras obtenidas, gracias á que mi demanda de autorización fué la primera entre las muchas que presentaron.

La historia del descubrimiento de la casa de los «Amorcillos dorados» va enlazada, por modo singular, con la de los recientes sucesos políticos europeos.

En el año 1903, en ocasión en que se practicaban excavaciones en el trozo septentrional de la calle Stabiana, descubrióse la parte superior de las paredes de una casa de disposición irregular. El atrio estaba constituido por paredes irregulares, y el peristilo, en vez de estar situado en el eje del edificio, lo estaba al lado Sudoeste. Prosiguiéronse las excavaciones hasta dejar al descubierto las pequeñas estancias que rodean al peristilo; pero cuando se vió que en el *viridarium* comenzaba á surgir de entre la ceniza y la lava una rica y hermosa serie de esculturas decorativas, se suspendieron los trabajos en espera de una coyuntura favorable para terminarlos en presencia de algún soberano ó jefe de Estado extranjero, y se hizo lo que, en lenguaje arqueológico, se llama preparar las excavaciones, es decir, descubrir los muros laterales, consolidarlos y proteger los frescos, dejando intacta la



Jardineros cuidando el viridarium



Adornos de jardines; máscaras teatrales

masa de tierra y lava del centro, en donde se presume que han de hallarse sepultados los preciosos objetos.

A la primavera siguiente, el tsar de Rusia había de visitar Italia y con este motivo se «prepararon» las excavaciones; pero las amenazas de los socialistas

cavaciones, gracias á la cual renace poco á poco la ciudad durante tanto tiempo sepultada y ven de nuevo la luz del día tantos tesoros que por espacio de muchos siglos permanecieron ocultos bajo las lavas del Vesubio.

CARLOS ABENIACAR.

de Júpiter, Juno y Minerva, acompañadas de la de Mercurio, cuya presencia en el larario indica claramente que el propietario de la casa se dedicaba al comercio.

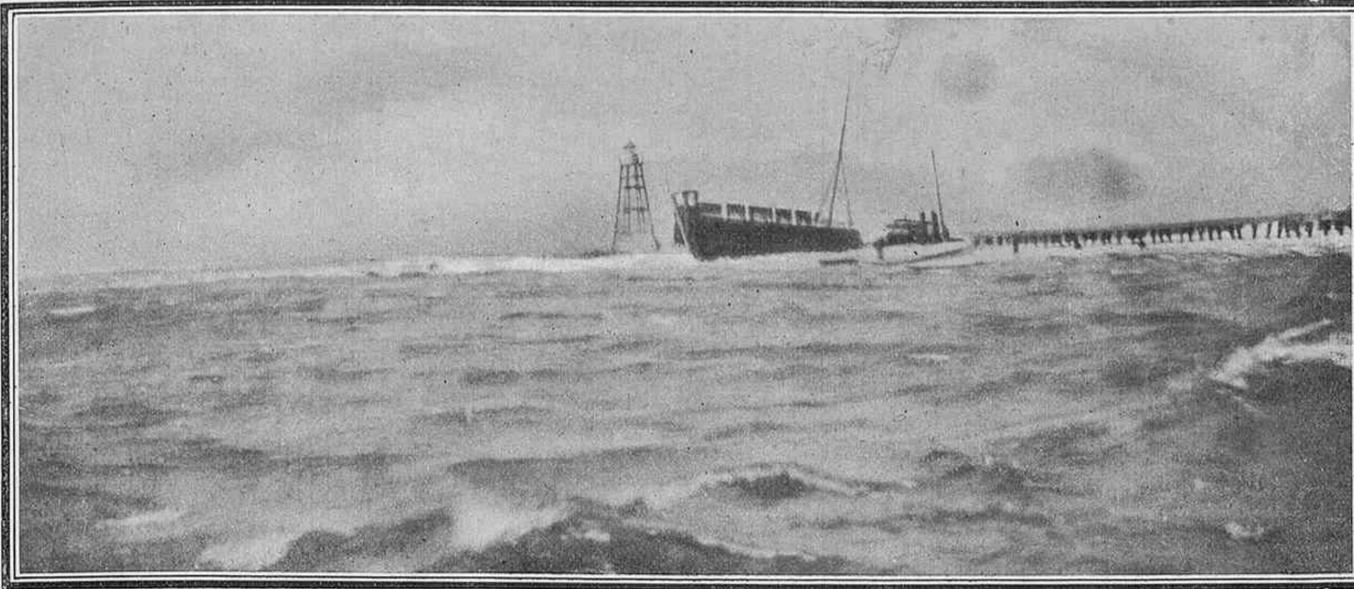
La restauración del *œcus* ó exedro es la más importante; esta es la sala más suntuosa de la casa, hállase en el lado Sur, enfrente del peristilo, y está pintada según el tercer estilo pompeyano. Tres de sus paredes ostentan otros tantos frescos, de perfecta ejecución y que representan á Vulcano entregando las armas á Thetis, á Jasón y Pelias durante un sacrificio, y á Briseída y Patroclo en la tienda de Aquiles.

La sala que ha dado nombre á la casa, la de los «Amorcillos dorados», no puede ser fotografiada porque es imposible reproducir, como no sea por medio del dibujo, figuritas de cinco ó seis centímetros pintadas en miniatura y doradas, puestas detrás de pequeños discos de vidrio y de esmalte.

Este género de decoración, que no se ha encontrado en ninguna otra casa de Herculano ni de Pompeya, ha servido, á falta de otra indicación especial, para distinguir el nuevo descubrimiento, cuya restauración perfecta, inteligente y artística da idea del lujo y del arte exquisito con que los ciudadanos acomodados de Pompeya sabían decorar sus viviendas.

Como se ve, el último descubrimiento realizado en Pompeya es interesantísimo y constituye una página importante en la historia de esa gigantesca obra de las ex-

EL NAUFRAGIO DEL VAPOR «BERLÍN» EN LAS COSTAS DE HOLANDA



EL VAPOR «BERLÍN» DESPUÉS DEL NAUFRAGIO, ÚNICA FOTOGRAFÍA TOMADA DESDE EL MAR
(De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

EL CAPITÁN DEL «BERLÍN» MR. PRECIOUS
(De fotografía.)

En la noche del 20 al 21 de febrero último, el vapor *Berlin*, de la compañía Great Eastern Railway, que hacía el servicio rápido entre Harwich (Inglaterra) y Hoeh-van-Holland (Holanda), naufragó casi á la entrada de este último puerto á causa de haber sido arrojado por una furiosa tempestad contra un dique. El choque fué tan terrible, que el buque quedó partido en dos, hundiéndose la parte de proa con todos los pasajeros que en ella había.

En la popa se refugiaron unas cincuenta personas, que las olas furiosas iban arrebatando poco á poco, y que á pesar de hallarse junto al faro y al muelle no podían intentar salvarse, pues el mar embarrivado barría constantemente aquellos lugares.

En el primer momento se trató de echar al mar los botes del *Berlin*, pero todos ellos fueron rápidamente arrebatados por el impetuoso oleaje.

Desde tierra intentó socorrer á los naufragos, mas cuantas tentativas se hicieron para ello resultaron infructuosas. Durante todo el día los marineros que tripulaban un bote de salvamento hicieron esfuerzos heroicos para acercarse á los restos del *Berlin*, y al llegar la noche hubieron de desistir de su empeño.

La noche que pasaron los naufragos fué espantosa; á las mortales angustias de su situación uniéronse los horrores del frío, que causó no pocas víctimas entre aquellos desdichados.

A la madrugada siguiente reanudáronse las tentativas de

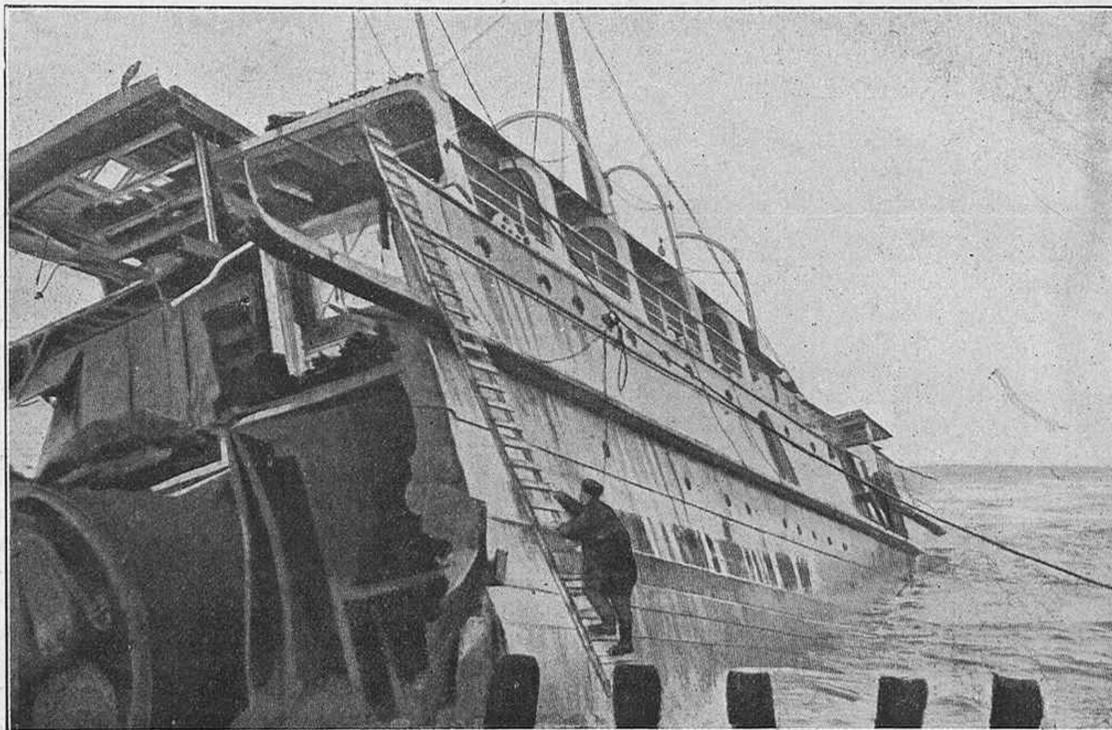
salvamento, que desde tierra presenciaban millares de espectadores. El príncipe Enrique de los Países Bajos, esposo de la

princesa Alejandra, con él el puñado de valientes que de nuevo iban á arriesgar sus vidas para salvar las de sus semejantes.

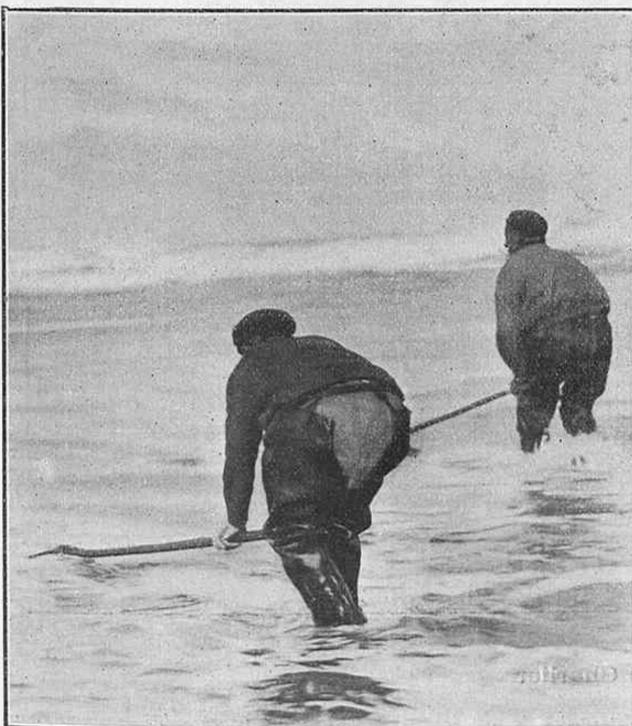
Transcurrió el día en tentativas infructuosas, y hasta las cuatro de la tarde no pudo cogerse una cuerda que colgaba del buque naufrago y que, amarrada al pie del faro, permitió salvar á los pocos sobrevivientes de la catástrofe, treinta y cinco horas después de haber ésta ocurrido. Aun en estas condiciones, el salvamento fué difícilísimo: seis ó siete hombres situados en los pilotes del dique, con agua hasta el cuello, recibían á aquellos infelices, que desde los restos del *Berlin* se deslizaban por la cuerda, y les hacían subir las escaleras del faro; desde allí y á lo largo del dique, que las olas invadían de continuo, eran conducidos los naufragos hasta la plataforma de una boya y luego, suspendidos á otra cuerda, transportados á un yole, en donde cuatro marineros los recogían y llevaban al bote salvavidas y de allí al vapor en que se hallaba el príncipe y en el cual se les prestaban los primeros auxilios.

Así fueron salvados catorce naufragos, únicos sobrevivientes de las ciento cincuenta personas que entre pasajeros y tripulantes llevaba el *Berlin*.

Este buque era un excelente vapor de 92 metros de largo, del tipo de los mejores transatlánticos, de forma elegante y lujosamente dispuesto. - T.



VISTA DE LA POPA DEL «BERLÍN» DESPUÉS DEL NAUFRAGIO. LA PROA SE HUNDIÓ EN EL MAR
(De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)



EN BUSCA DE CADÁVERES CERCA DE LA PLAYA
(Fotografía comunicada por Carlos Trampus.)



CONDUCCIÓN DE CADÁVERES PUESTOS EN VAGONETAS EN EL MUELLE
(Fotografía comunicada por Carlos Trampus.)



LOS CIEGOS, grupo escultórico de Guillermo Charlier



En la sala de espera, cuadro de Ricardo Pollak-Karlin



Retrato de la Sra. X, por Otón Bruenauer



ENSUEÑOS DE ANTAÑO, cuadro de E. Veith



BARCELONA. — LA FIESTA DEL ÁRBOL CELEBRADA EN EL TIBIDABO. — PLANTACIÓN DE 150 TILOS POR LOS NIÑOS EN CUYO OBSEQUIO SE DIÓ LA FIESTA

NOTAS BARCELONESAS

LA FIESTA DEL ÁRBOL. — EL NUEVO GOBERNADOR

En la tarde del día 28 de febrero último celebróse en el Tibidabo esa simpática fiesta, á la que concurrieron 50 niños y que fué presidida por las autoridades. Reunidos los concurrentes en la plazoleta de la estación inferior del funicular, el práctico Sr. Puigdoménech dió una explicación municiosa sobre la corta de raíces y la poda de los árboles, terminada la cual dirigiéronse al café-restaurant, en donde el catedrático Sr. Mir y Navarro dió una conferencia sobre fisiología vegetal y el alcalde Sr. Sanley pronunció un elocuente discurso ponderando la trascendencia de una fiesta destinada á inculcar en el ánimo de los niños el amor al arbolado y la conveniencia de adquirir bosques, que serían sanatorios de la ciudad, y ofreciéndose á influir en el Ayuntamiento para que en los parques que se construyan se destinen parcelas para recreo é instrucción de los niños que acuden á las escuelas públicas. Después de la merienda con que fueron obsequiados, los niños plantaron 150 tilos, con lo que se dió por terminada tan simpática fiesta.

El nuevo gobernador civil de Barcelona D. Angel Ossorio y Gallardo viene precedido de fama de inteligente, culto, integérrimo y dispuesto á estudiar á fondo las necesidades de nuestra provincia para proponer al gobierno las medidas y reformas convenientes. Su gestión hasta ahora responde á estas cualidades, y es de esperar que perseverará en la línea de conducta que ha de granjearle las simpatías de sus gobernados.

En esta página publicamos dos notas gráficas á él referentes.

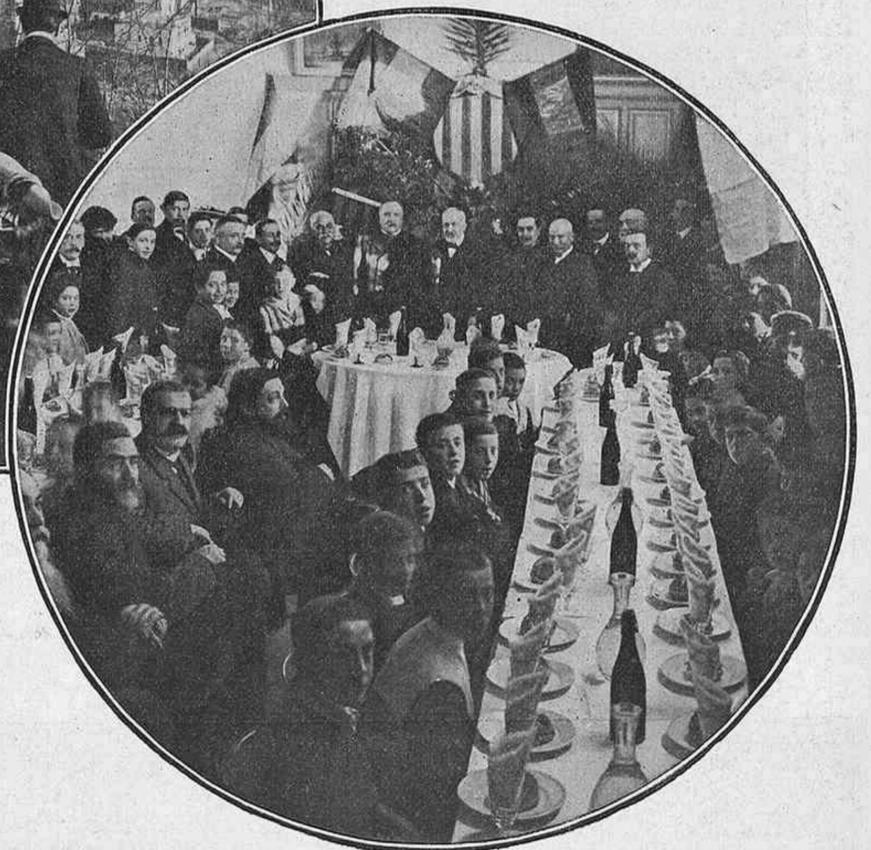
famoso maestro flamenco para la cofradía de la Natividad de la Virgen, dirigida por los jesuítas. Cuando en 1776 fué suprimida la Compañía de Jesús en los Países Bajos, el hermoso lienzo fué llevado á Viena, en cuya galería del Belvedere se conserva actualmente.

La abuela. — *Los ciegos*, esculturas de Guillermo Charlier. — Este eminente escultor belga es un artista de excepcional temperamento, y sus obras, inspiradas por el elevadísimo concepto que informa el gran arte, revelan la genialidad de su autor, el caudal de sentimiento que atesora y sus singulares condiciones de observador. Quien examine las dos esculturas que reproducimos, verá que nuestros elogios no son exagerados: lo mismo *La abuela* que *Los ciegos* poseen en alto grado las cualidades que dejamos indicadas y que avalora una ejecución amplia, vigorosa, propia de los grandes maestros.

En la sala de espera, cuadro de Ricardo Pollak-Karlin. — Este joven pintor vienés goza fama de excelente retratista, y á juzgar por el cuadro suyo que reproducimos, no es innecesaria tal fama. La figura de esa dama es por su expresión y por su actitud un modelo de naturalidad, y aun sin conocer á la persona que sirvió de modelo al artista, bien puede asegurarse que ha de ser perfecto el parecido del retrato con el original.

Ensueños de antaño, cuadro de E. Veith. — Un ambiente de poesía flota en el lienzo: los dos personajes, entregados á dulces ensueños, el lago de tranquilas aguas, la verde alfombra esmaltada de flores, la suave luz tamizada por el frondoso follaje, todo contribuye, no sólo á deleitar nuestros ojos, sino á hacernos sentir esa emoción que es la mejor crítica de una obra de arte.

Espectáculos. — BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La resurrección de Lázaro*, visión musical en un acto y dos cuadros, letra de Angel Guimerá, música del maestro Morera; en el Eldorado *Aguila de blasón*, comedia en cuatro actos y un epílogo de



LA MERIENDA. (De fotografías de A. Merletti.)

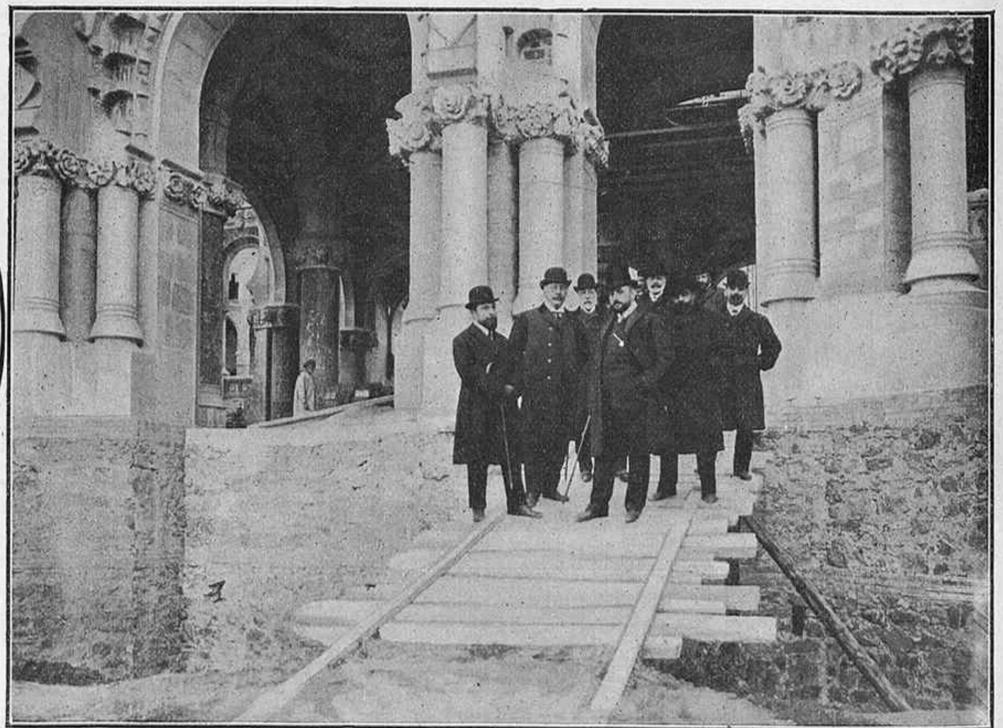
D. Ramón del Valle Inclán; *Los abejorros*, comedia en tres actos de Brieux, traducida por Pedro Aragón, y *Despedida cruel*, comedia en un acto de Benavente; y en Romea *Tot bressant*, idilio en un acto de Mme. de Haussy, traducido al catalán por José M.ª Folch y Torres.

En el Liceo, la Asociación Musical de Barcelona, con la cooperación del Orfeón Barcelonés, ha dado una audición del oratorio *La Resurrección de Lázaro*, del abate Perosi, y del *Salmo CL*, de César Frank, que fueron muy aplaudidos.

En el Principal se han celebrado dos conciertos: en el primero el Orfeó Catalá estrenó el hermoso motete de Bach *Jesu, meine Freude* y dos bellísimas canciones de Morera, y cantó varias piezas de repertorio, obteniendo grandes y continuos aplausos; en el segundo, la Orquesta Filarmónica Barcelonesa ejecutó admirablemente, bajo la dirección del maestro



BARCELONA
EL GOBERNADOR CIVIL EXCMO. SR. D. ANGEL OSSORIO Y GALLARDO
EN LA RECEPCIÓN DIARIA DE LOS PERIODISTAS ENCARGADOS
DE LA INFORMACIÓN DEL GOBIERNO CIVIL



EL GOBERNADOR CIVIL EXCMO. SR. D. ANGEL OSSORIO Y GALLARDO EN EL HOSPITAL
DE SAN PABLO, EN CONSTRUCCIÓN. (De fotografía de Enrique Castellá.)

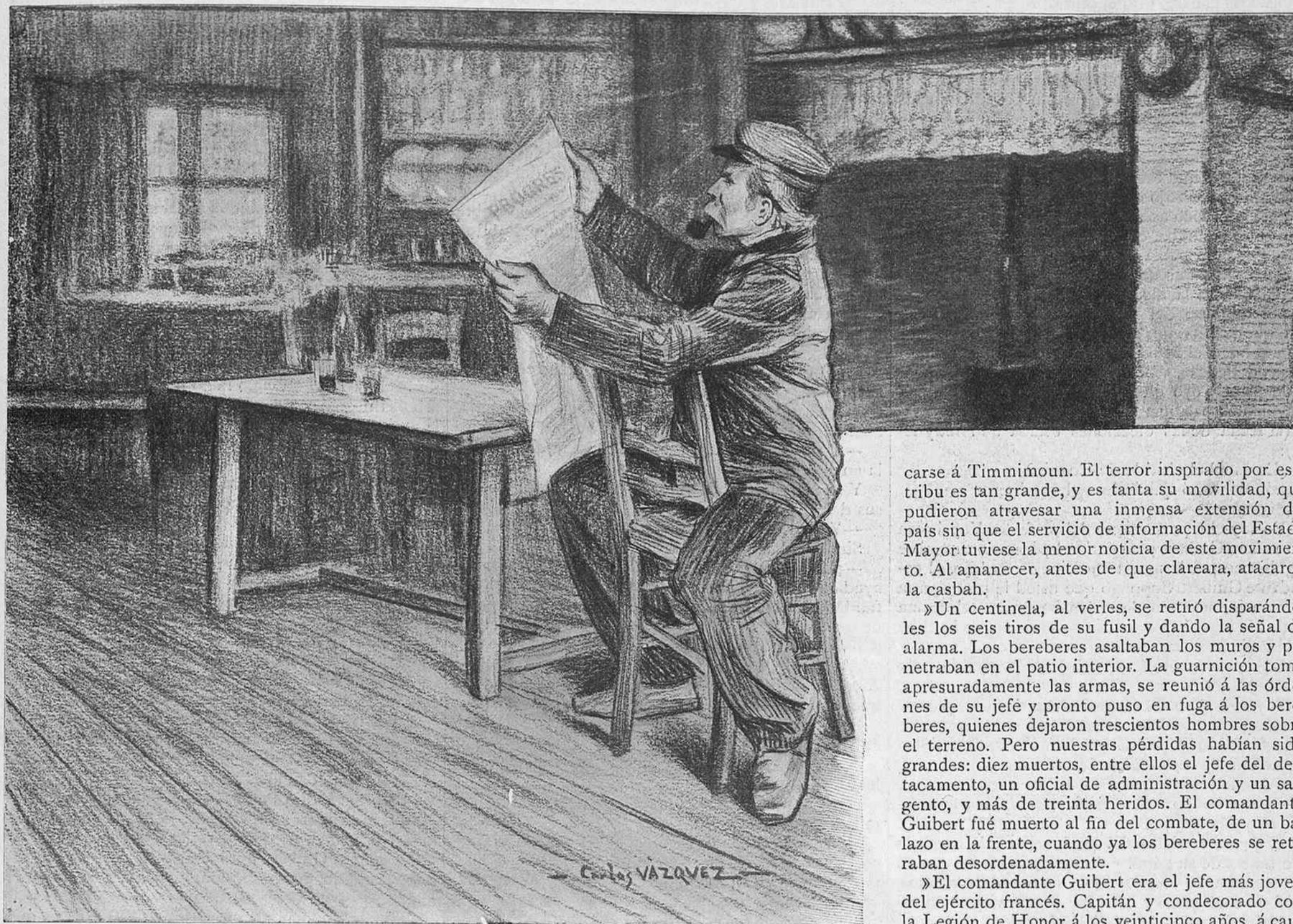
NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 169, 172, 173, 176 y 177)

Desposorio místico de la Virgen con el bienaventurado Hermán, cuadro de Van Dyck. — Este cuadro fué pintado por el

Retrato de la Sra. X., pintado por Otón Bruenauer. — Lo que decimos del lienzo de Pollak-Karlin puede aplicarse al de su conciudadano Bruenauer. También la obra de éste es un portento de expresión y de verdad, cualidades las más necesarias cuando de cuadros de este género se trata.

Lassalle, la *Sinfonía en si menor*, de Schubert; la *Segunda sinfonía en re mayor*, de Brahms; *En las estepas del Asia*, de Borodine; *A las costas mediterráneas*, de Pahissa, y *El cazador maldito*, de Cesar Frank, logrando en todas ellas orquesta y director calurosas ovaciones.



A horcajadas sobre una silla, con la espalda vuelta á la chimenea...

EL MIEDO A LA VIDA

NOVELA POR ENRIQUE BORDEAUX, coronada por la Academia Francesa

ILUSTRACIONES DE CARLOS VÁZQUEZ

(CONTINUACIÓN)

No pudo conseguir que se acostase ni que tomase alimento alguno. Más encorvada y diez años más vieja, la señora Guibert sentóse en su escritorio y con mano firme empezó á escribir á su hija y á sus hijos ausentes, participándoles la desgracia que les unía en un mismo dolor ..

IV

POMPA FÚNEBRE

La principal ocupación del alcalde de Cognin durante la mañana era la de leer los periódicos. Aparte de los obreros de las fábricas vecinas, que á la madrugada, antes de ir al trabajo, entraban á beber, en pie y á la vacilante luz de una bujía, un vasito de aguardiente, los parroquianos no empezaban á llegar hasta las doce. A horcajadas sobre una silla, con la espalda vuelta á la chimenea, se proveía en el *Lyon republicain* y en el *Progrès* de noticias para todo el día. De este modo, después de comer, podía suministrar á sus electores vino nuevo y noticias frescas.

Cuando á la mañana del 26 de febrero desplegó los periódicos, se quedó estupefacto al leer con letras grandes y en primer término: *Victoria de Timmimoun; muerte del comandante Guibert*. No podía imaginarse que la muerte de un hijo de la provincia hiciese tanto ruido. Todo colorado, vagamente inquieto por su responsabilidad, empezó á leer lentamente el triste relato oficial que el periodista había adornado con unas cuantas frases retumbantes:

«El Ministerio de la Guerra nos transmite la noticia de una victoria obtenida en Timmimoun (Tuat). Celebraríamos con alegría completa el nuevo triunfo de nuestro ejército, si no hubiese cortado en flor una vida tan preciosa como la del comandante Guibert, jefe de las tropas vencedoras.

»Las agitaciones políticas no deben ser obstáculo para que fijemos nuestra atención en las lejanas luchas en donde corre heroicamente la sangre de nuestros soldados. En la primavera pasada, á raíz de la toma de In Salah y ocupación del Gurara por la columna del coronel Ménestrel, se instaló en este pueblo una pequeña guarnición. No muy lejos de ella tuvieron lugar los sangrientos combates de Sahela y de El Metarfa, en donde la segunda compañía de tiradores saharianos rechazó unas partidas de bereberes y duimenios, encontrando muerte gloriosa el capitán Jacques y el teniente Depardieu. Cuando el pasado invierno el general Servières, jefe de la división de Argel, recibió la orden de ocupar el Gurara, rebasar esta región y establecerse en el Tuat, dejó en la casbah de Timmimoun, con provisiones suficientes, una guarnición de ciento cincuenta hombres bajo las órdenes del comandante Guibert, auxiliado por el capitán Berlier.

»El comandante Guibert acababa de regresar de la expedición Foureau-Lancy; después de dos años empleados en atravesar el Africa, rechazó todo descanso y corrió á ocupar su puesto de honor incorporándose á su batallón al Sur de Argelia. En la noche del 17 y 18 de febrero, una partida de bereberes, evaluada en un millar de hombres, consiguió acer-

carse á Timmimoun. El terror inspirado por esta tribu es tan grande, y es tanta su movilidad, que pudieron atravesar una inmensa extensión del país sin que el servicio de información del Estado Mayor tuviese la menor noticia de este movimiento. Al amanecer, antes de que clareara, atacaron la casbah.

»Un centinela, al verles, se retiró disparándoles los seis tiros de su fusil y dando la señal de alarma. Los bereberes asaltaban los muros y penetraban en el patio interior. La guarnición tomó apresuradamente las armas, se reunió á las órdenes de su jefe y pronto puso en fuga á los bereberes, quienes dejaron trescientos hombres sobre el terreno. Pero nuestras pérdidas habían sido grandes: diez muertos, entre ellos el jefe del destacamento, un oficial de administración y un sargento, y más de treinta heridos. El comandante Guibert fué muerto al fin del combate, de un balazo en la frente, cuando ya los bereberes se retiraban desordenadamente.

»El comandante Guibert era el jefe más joven del ejército francés. Capitán y condecorado con la Legión de Honor á los veinticinco años, á causa de su brillante comportamiento durante la campaña de Madagascar y en especial por el combate de Audriba, había tomado parte en la expedición Foureau que acaba de atravesar el Sahara. Vencedor en Rabah, había sido ascendido á comandante y nombrado oficial de la Legión de Honor. Sólo tenía treinta y dos años. Nació en Cognin, cerca de Chambéry (Saboya) y pertenecía á una de las familias más estimadas de la región. Llamado á ocupar los más altos destinos en la milicia, deja un recuerdo glorioso que Saboya, orgullosa de él, no dejará de celebrar como se merece.» (1)

—¡Vive Dios!, exclamó el alcalde cuando hubo terminado su lectura.

Se aseguró del título del periódico, temiendo que fuera algún papelucho de oposición.

El *Nouvelliste*, conservador, y el *Progrès*, radical-socialista, que leyó en seguida, repetían idéntico relato, acompañándolo el primero de una crítica sobre la desidia del servicio de información en Argel, y el segundo de unos cuantos comentarios humanitaristas acerca de la inutilidad de las expediciones coloniales. Pero todos, cualesquiera fuesen sus opiniones políticas, rendían homenaje al valor del comandante Guibert, celebraban su gloriosa carrera y deploraban su muerte prematura.

El alcalde de Cognin sacó de sus lecturas la conclusión que lógicamente se imponía:

—¡Mal haya el maestro!

Tomó su sombrero y salió á la calle. En el umbral de la puerta se quedó estupefacto. Un oficial á caballo, con traje de gala y cordones de ayudante, se detuvo delante del café Nacional.

—¿Quiere usted decirme dónde vive la señora Guibert?

Unas cuantas mujeres, aguijoneadas por la curiosidad, se agrupaban alrededor del jinete.

—Siga usted la carretera hasta llegar al camino de Vimines.

—Siga usted el camino hasta el bosque de encinas.

—Después del bosque, tome usted á la derecha, y encontrará usted el Maupas.

(1) Estos detalles, salvo en lo referente á las personas, acerca del ataque de Timmimoun, el 18 de febrero de 1901, por los bereberes, son rigurosamente históricos. La guarnición era mandada por el comandante Reibell, auxiliado por el capitán Quisard. Este último fué muerto de un balazo en el corazón al empezar el combate.

—Muchas gracias, dijo el oficial.

Y ya soltaba las riendas al caballo cuando el alcalde le preguntó:

—¿Cómo? ¿Va usted a visitar a la señora Guibert?

El ayudante de campo miró de arriba a abajo, con cierto aire de desprecio, a aquel individuo de cara colorada, y picando espuelas dijo:

—¡Naturalmente!

—Bueno, bueno, dijo el cafetero para que le oyeran las mujeres que escuchaban la conversación.

Y se puso más rojo que un tomate.

Comió con poco apetito, y antes de realizar el proyecto que maduraba, envió a sus hijas a buscar refuerzos. Cuando bebía un vaso de aguardiente para animarse, vio pasar un landó con dos caballos que marchaba hacia la alcaldía. Poco después fueron a llamarle de parte del prefecto. Se puso de prisa la levita que le servía para todas las ceremonias y se precipitó hacia el Municipio. Se abrió una de las portezuelas del coche, vio un uniforme negro con galones de plata y oyó que una cara imberbe le dirigía las siguientes palabras pronunciadas con cierto desdén (la fecha de las elecciones estaba aún muy lejana):

—¿Es usted el alcalde de Cognin?

Simón contestó quitándose el sombrero:

—Sí, señor.

—Yo soy el representante del prefecto. Voy a casa de la señora Guibert para darle el pésame en nombre del gobierno por la muerte heroica de su hijo, el comandante Guibert. Supongo que usted le participaría la desgracia, según se le ordenaba en un telegrama oficial. Me figuro que lo haría usted con toda clase de miramientos.

—Sí, señor subprefecto, balbuceó el alcalde todo azorado y tembloroso.

—Soy consejero de la prefectura. Le recomiendo que cumpla con su deber asistiendo a los funerales con todo el Municipio. El gobierno de la República sabe honrar a sus leales servidores.

—Sí, señor consejero.

—Bueno, bueno, señor alcalde, no quiero entretenerle por más tiempo.

Y el joven enviado del prefecto, orgulloso de la importancia de su papel y de la dignidad con que lo desempeñaba, se alejó al trote de sus dos caballos, con el aire altanero y cansado de un viejo general que acaba de pasar revista a sus huestes.

Randon y Detraz, mandados a llamar, llegaron juntos al café. Todo el pueblo estaba enterado de la visita de las autoridades al Maupas.

—¡Hemos quedado de *primeral*!, exclamó al llegar Detraz dominado por la cólera.

La víspera no había abierto la boca durante toda la discusión.

—Ya lo dije yo, hizo observar el viejo Randon, que quería hacer resaltar su opinión de la noche anterior.

—¡Yo también lo decía!, exclamó el alcalde para no ser menos. La culpa la tienen el maestro y el Rojo.

Detraz, que no conocía las buenas formas, empezó a acusar a Simón.

—¿Pero es que usted no es el alcalde? ¿Eh? ¿Qué pinta usted en la alcaldía? ¡Palabra, es usted más blando que la cera! El maestro le lleva por donde le da la gana, como si fuese un chiquillo de la escuela.

—¡A mí!, gritó Simón. ¡A mí nadie me lleva ni me trae! ¡Ya verá usted quién manda, si el maestro o yo!

Acompañado de los dos concejales, y gesticulando y perorando, invadió la escuela municipal. En presencia de Maillard, cazurro y embaucador, su cólera se fué enfriando. Pero Detraz, ya desbocado, ocupó el puesto del alcalde.

—¡Ah!, exclamó. ¡Bonito papel nos ha hecho usted hacer, maestro sin vergüenza! El prefecto y el general han enviado representantes, y el cochino ayuntamiento manda al guarda rural como si se tratase de un proceso verbal. ¡Maestro de los demonios, ya te arreglaré las cuentas!

Y escupió en el suelo en señal de desprecio.

—Yo no tengo que rendirle cuentas de ninguna clase, replicó el maestro con aire digno.

—¡Vaya si tienes! Y tú, alcalde, ¿qué dices?

En su furor, tuteaba a todo el mundo. Simón se vio obligado a intervenir.

—Maestro, nos aconsejó usted muy mal.

—¡Esta es la verdad!, añadió Randon.

—Pues no haberme pedido consejo.

—¿Y quién te pidió consejo?, replicó Detraz redoblando su violencia. Te has metido en nuestra discusión para embrollarla y... envenenarla. ¡Porque tú no eres más que un envenenador del pueblo! ¡Envenenador! ¡Envenenador!..

Y contento de haber encontrado un insulto que le parecía propio, repitió esta palabra innumerables veces, hasta que Randon le cogió por un brazo, tratan-

do de calmarle y llevárselo. Pero con la facilidad con que los ignorantes y las mujeres enlazan argumentos sin relación alguna entre sí, se volvió para decirle:

—Además, tú robas el dinero del pueblo.

—¿Yo?, protestó Maillard.

—Sí, tú, tú que cobras de todo el mundo por el más insignificante escrito. O tendrás que marcharte, o te arrancaré la piel.

En su cólera, dejaba ver el odio instintivo del hombre primitivo hacia la instrucción, y del contribuyente hacia el empleado público.

Los dos enemigos iban a precipitarse uno sobre otro, cuando el alcalde cogió a Maillard y Randon contuvo a Detraz.

—¡Dejadme hablar a mí!, decía Randon. ¡Dejadme hablar!

Y en un claro de la discusión pudo soltar las palabras siguientes, que merecieron la aprobación de sus dos colegas y terminaron la disputa:

—En castigo, Maillard, concurrirá usted con todos sus alumnos a los funerales.

Y el alcalde, que quería atribuirse la victoria, añadió:

—Y en seguida izará usted la bandera, arrollándola en señal de luto.

Y se marchó regodeándose, siempre escoltado por sus dos compañeros.

—Y ahora, dijo Randon, vámonos al Maupas.

Simón aplaudió ruidosamente la idea.

—¡Muy bien pensado! El general ha enviado un ayudante y el prefecto un empleado con pantalón de franja de plata. El alcalde irá en persona, acompañado, como es justo, por dos miembros del Municipio. ¡Creo que daremos el golpe!

Al salir del pueblo vieron en un campo a Pitet, el Rojo, que con la cabeza baja trataba de pasar sin que le vieran.

—¡Oye, acércate!, le gritó Detraz varias veces, pero él hizo como que no oía.

—¡Es un cobarde!, exclamó el alcalde todo envuelto en el silencio.

—¡Si pudiera decirse lo que se sabe!, dijo Randon misteriosamente.

—¡Yaya si puede decirse!, añadió Detraz más franco. Si no es por el doctor, estaría en presidio. Y ahora escupe sobre su memoria. Es preciso que no vuelva nunca más a ser elegido.

La nieve reflejaba la fría luz del sol. Las blancas montañas brillaban. Bajo aquel cielo de un azul pálido, las cosas confundían sus contornos en una misma pureza inmaculada y resplandeciente.

El landó de la prefectura, que regresaba a Chambery, se cruzó con la improvisada delegación de Cognin. Con aire de importancia, el alcalde hizo señas al cochero de que parase. Con la cabeza descubierta se acercó a la portezuela, que se abrió en seguida.

—Señor consejero, tenemos que pedirle un favor.

—Diga usted, replicó el joven con voz brusca.

Estaba de mal humor porque no había sido recibido y en cambio el ayudante del general había pasado a saludar a la señora Guibert.

—Todos los padres de familia, sin excepción alguna, se quejan del maestro.

—¿Por qué?

—Educa mal a los chicos, les pega y además les habla mal de la patria.

El joven se puso serio, y con gesto de ministro que despide dijo:

—Me ocuparé de ello.

Y continuando el camino, el alcalde se frotaba las manos y decía a sus compañeros:

—Buena se la hemos jugado al amigo Maillard...

Durante unos días, los periódicos de gran circulación detallaron el drama de Timmimoun, y sin distinción de partidos rindieron homenaje a la gloriosa memoria del comandante Guibert, cuya temprana muerte conmovió a todo el mundo.

Y aumentando aún más tan justos elogios, los periódicos de Saboya se disputaron su biografía y su retrato. En la soledad del Maupas, la señora Guibert y Paula, abatidas por el dolor, recibían con dulzura y resignación innumerables pruebas de simpatía procedentes de toda Francia, del Estado, de los compañeros de Marcelo, de conocidos y hasta de desconocidos. Madre é hija se apoyaban una en otra para profundizar y soportar mejor su desgracia, no encontrando consuelo más que en la oración y en su mutuo cariño. Solamente las visitas de la señora Saudet, suegra de Esteban, les procuraban algún consuelo; la pobre señora conocía las palabras que es preciso decir a los que sufren crueles separaciones.

Por un brusco retroceso, la alta sociedad que no había acompañado a los Guibert en su honrosa ruina, se decidió a seguir el movimiento público. La señora Dulaurens no podía permanecer inactiva en

tal ocasión. Decidió a la señora Sougeon, presidenta honoraria de la Cruz Roja de Saboya, a tomar la iniciativa en la organización de unos funerales celebrados con gran pompa en la catedral de Chambery. Era preciso acaparar el muerto ilustre, y recordar de una manera brillante su origen social. Las autoridades serían invitadas a la ceremonia. Su presencia daría mayor prestigio a los funerales, y su ausencia alimentaría la campaña de los periódicos de oposición. De modo que no había nada que temer.

Cuando todo estuvo preparado—recogido el dinero, encargados los funerales y redactadas las invitaciones,—las señoras Sougeon y Dulaurens, delegadas de la comisión, subieron al Maupas para solicitar el permiso de la familia. La señora de Marthenay acompañaba a su madre. Deseaba dar el pésame—¡profundo y sincero!—a la señora Guibert y a Paula, y no se había atrevido a realizar ella sola aquella peregrinación.

Era a principios de marzo. La nieve se fundía por los campos tristes y fangosos, por los caminos llenos de baches. Bajo un cielo lleno de nubes, rodeada de árboles negros y desnudos, con expresión desolada, la antigua casa de campo tenía un aspecto melancólico y abandonado.

—No me gustaría vivir enterrada aquí todo el año, dijo la señora Dulaurens a la señora Sougeon al entrar el coche por la desierta avenida.

—La iglesia está muy lejos, dijo la solterona.

Ella no recordaba que Dios se encuentra en todas partes; a pesar de sus años, seguía viajando para adorarle en sitios especiales y confortables.

María, la vieja criada, al ver el coche, dejó pasar a aquellas señoras, a pesar de la consigna rigurosa. Corrió a avisar a sus amas todo lo de prisa que le permitían sus piernas.

—Había dado orden de que no recibía, observó la señora Guibert tristemente.

Y volviéndose a Paula añadió:

—Me falta el valor ante caras extrañas. ¿Por qué viene la señora Dulaurens a turbar nuestra pena? Nada nos une con ella. ¿A qué ha venido?

—No lo sé, dijo Paula, en pie, pronta a marcharse.

—¿Me ayudarás a recibirlas?

—No, mamá, no quiero verlas.

La señora Guibert miró a su hija, cuyo rostro pálido, decidido, nervioso, acusaba la vehemencia del alma.

—Paula, suplicó, no me dejes sola. Ya sabes que soy tímida y me azaro. El mal que nos hacen debe olvidarse antes que el bien. Si me recuerdan el pasado no sabré qué contestarles. Quédate conmigo.

La joven no dudó más, y haciendo seña a la criada para que dejase pasar a las visitantes, dijo:

—Me quedaré.

La señora Sougeon, poco versada en diplomacia, cedió el paso a la señora Dulaurens, quien llevó la palabra.

—¡Qué desgracia más grande, señora!, dijo avanzando hacia la señora Guibert, que tuvo que agarrarse a la chimenea para levantarse del sillón.

Después saludó a Paula, cuya mirada fija y hostil sentía clavada en ella. Hubiese preferido que no estuviese presente.

—Sí, contestó la señora Guibert, ¡Dios nos prueba!

De este modo daba a la conversación un tono grave y religioso. La señora Sougeon meneó la cabeza mirando al cielo, como si sólo ella tuviese autoridad necesaria para evocar la intervención divina.

—¡Cuántos consuelos en medio de su dolor!, siguió diciendo la señora Dulaurens. Tantos testimonios unánimes celebrando el heroísmo del comandante, tantas simpatías y manifestaciones de pésame... En nuestra época democrática no se honra todo lo suficiente al mérito. Sólo delante de la muerte se comprende todo su valor, y ante la pérdida irreparable se reprochan amargamente haberlo conocido demasiado tarde.

Conmovida desde que le hablaban de su hijo, la señora Guibert pensaba: «Se excusa de haber rechazado la petición de Marcelo. Se da cuenta, por fin, de su pasado error, y lo deplora. Pero la señora de Marthenay no debía haber venido. Su presencia nos es dolorosa.»

Y miraba a su interlocutora, y aquella mirada brillante iluminaba su rostro demacrado como un rayo de sol penetra, en invierno, en un bosque sin hojas. Paula seguía en guardia. No podía darse cuenta de la inconsciencia de la señora Dulaurens.

Ésta, después de una pausa, expuso el motivo de su visita.

—Así es que supongo encontrará usted natural que tengamos el deseo de rendir homenaje a una memoria tan querida. La Saboya entera comparte su dolor, y muy en especial la alta sociedad del país, de la que formaba parte el comandante por su familia y por su valor.

Tomó aliento, y pareciéndole que hablaba con elocuencia, echó una rápida ojeada sobre su auditorio. La señora Sougeon aprobaba moviendo su cabeza, de rostro largo y seco. Alicia, absorta y pensativa, contemplaba a sus amigas de antes, la señora Guibert y Paula, que seguían graves y tristes. Su angustia le oprimía tanto que tuvo que ponerse una mano sobre el pecho; los sollozos contenidos la ahogaban. Hubiese deseado entregar su corazón a aquellas pobres mujeres y no se atrevía. Trató de coger dulcemente una mano de Paula, sentada junto a ella. Pero la joven retiró con energía su brazo: no había olvidado.

La voz fuerte y timbrada de la señora Dulaurens repercutió de nuevo en el silencio del salón.

—Las señoras protectoras de la Cruz Roja de Saboya, y en una palabra, todas las damas de la alta sociedad, en un impulso espontáneo, se han reunido para acordar la celebración de unos funerales en Chambéry. Monseñor el arzobispo oficiará; lo ha prometido por boca del vicario general. Asistirán a la ceremonia más de cincuenta sacerdotes. El prefecto y el general serán invitados y estamos seguras de que irán en persona. Por su pompa y brillo serán unos funerales dignos del ilustre difunto.

La señora Guibert había escuchado sin interrumpir y contestó sencillamente:

—Se lo agradezco muchísimo, señora, y le ruego que dé usted las gracias a todas esas señoras por sus buenos propósitos. Nosotras hemos hecho celebrar unos funerales en Cognin con arreglo a la modestia de nuestra posición. Nuestros amigos, a pesar de la distancia y del frío, asistieron a ellos. El general de la división vino en persona. Un gran número de oficiales le acompañaron. Se lo agradezco mucho, pero no deseamos más manifestaciones externas.

—Sí, comprendo sus sentimientos. La familia no soporta con gusto que las personas extrañas se mezclen en sus penas. Pero aquí el caso es especialísimo. La muerte del comandante Guibert es un luto nacional. La Francia ha sido herida al morir su hijo de usted, señora. Su vida y su muerte honran a Saboya. Usted no debe extrañarse de que Saboya entera le rinda un homenaje de gratitud. Los recursos de las familias son a menudo insuficientes. Déjenos usted realizar nuestro deseo. No nos prive usted de la alegría...

Y cogiendo al vuelo la palabra inconveniente, siguió diciendo:

—De la triste alegría funeraria que nos produce el rezar por los muertos. Las ceremonias, los sacerdotes..., tantos rezos. Usted, cristiana ejemplar, no puede rechazar nuestros ofrecimientos. ¿Puede usted impedir que comulgemos todos con usted en su mismo dolor?

—La Iglesia es partidaria del ceremonial y del culto, dijo la señora Sougeon, cuya religión era lujosa y aristócrata.

Alicia, habiendo descubierto una fotografía ampliada de Marcelo, no veía en aquel momento más que el rostro del joven a quien había amado tan cobardemente.

La señora Guibert dudaba, no sobre la esencia de lo que debía contestar, sino sobre las palabras, que deseaba fuesen corteses y delicadas. La señora Dulaurens acababa de ofrecerle completar los modestos funerales de Cognin sin pompa, ostentación ni brillo, con una ceremonia menos humilde, más brillante, más mundana. La riqueza visitaba a la pobreza y pretendía cubrirla con su protección. Paula lo comprendió de esta manera, y miraba a su madre con sus ojos sombríos, a través de los cuales pasaban relámpagos de indignación. Pero la señora Guibert no había visto en todo aquel ofrecimiento más que un respetuoso recuerdo para su hijo, y aunque resuelta a prescindir de un concurso que juzgaba inútil, trataba de evitar toda palabra que fuese capaz de provocar el más ligero rozamiento.

Dudando de la timidez de su madre y engañada por su indecisión, la joven se atrevió a adelantarse.

—Sus propósitos, señora, nos han conmovido. Los apreciamos en todo lo que valen y sentimos en el alma tener que declinar tanto honor. La memoria de mi hermano ha recibido los homenajes que le eran debidos. No deseamos más manifestaciones públicas. Dios no concede sus bendiciones según la importancia de las ceremonias.

Como si no concediera importancia alguna a las palabras de Paula, la señora Dulaurens se volvió hacia la señora Guibert.

Ésta lo comprendió y se apresuró a decir:

—Sí, señora, Paula tiene razón.

La señora Sougeon, sofocada, alzó los ojos al cielo, mientras que la castellana de la Chênaie, poco acostumbrada a las derrotas, volvía a la carga.

—No me explico su negativa. Nuestra simpatía por su desgracia deseaba expresarse del modo más conveniente. Todas esas señoras, la marquesa de Lavernay, la baronesa de Ambelard, son de mi opinión. Yo traigo su representación. Hasta el arzo-



¡Alicia, cuánto la compadezco!

bispo nos había prometido su piadoso concurso.

Esperaba con aquellos nombres impresionar a aquella pobre mujer. No sabía ella ni podía saber hasta qué grado de indiferencia hacia la sociedad y sus cosas había llegado la señora Guibert.

Paula comprendió el embarazo en que se encontraba su tímida madre y tomó la ofensiva a fin de terminar cuanto antes.

—Los funerales celebrados en Cognin fueron anunciados en Chambéry. Todos nuestros amigos asistieron a ellos. Algunos vinieron de muy lejos. Personas a quienes ni siquiera conocíamos vinieron a compartir nuestro dolor. Pero me dijeron que su banco estaba desocupado, lo cual no quise creer.

Después de esta frase irónica siguió diciendo:

—Si mi hermano mayor, único jefe de la familia, considera necesarios otros honores, ya se cuidará de participárnoslo. Nosotros nos conformaremos a su voluntad. Mi madre y él son los únicos que están autorizados para ordenar nuevos sufragios.

Comprendiendo que era inútil insistir, la señora Dulaurens se levantó.

—Siento mucho, señora, que no hayamos conseguido convencerla. No esperaba ver acogidos de este modo nuestros proyectos. Pero veo que su hija ejerce una gran influencia sobre usted.

—Estamos acordes en todo, dijo la anciana levantándose penosamente.

Aunque aprobaba lo dicho por Paula, hubiera deseado que el tono hubiese sido menos agresivo. Temió que aquellas señoras se marchasen molestadas y se afligió por ello. La sangre coloró sus pálidas mejillas. Al acompañar a las señoras Sougeon y Dulaurens, ésta notó aquel ligero color. Iba buscando una revancha; creyó haberla encontrado, y con pérfida ironía lanzó las siguientes palabras:

—¡Adiós, señora! ¡Qué buen color tiene usted! ¡Es admirable! ¡Nos sorprende y alegra al propio tiempo!

Los lágrimas se asomaron a los ojos de la señora Guibert, aún muy sensible a la injusticia. Envejeci-

da, encorvada, quebrantada, hubiese dado lástima a cualquiera. Dulcemente, mientras la sangre huía de sus mejillas, dijo:

—¡Ojalá Dios me conserve la salud! ¡Aún no he terminado mi misión!

Y al decir estas palabras pensaba en Paula, cuyo incierto porvenir le causaba inquietudes y le unía a la vida. Instintivamente se volvió para mirarla. Pero la puerta del salón estaba cerrada. Tuvo que seguir acompañando a aquellas señoras, que una vez instaladas en el coche notaron la ausencia de Alicia, que se había quedado atrás.

—La avisaré, dijo la señora Guibert subiéndose pensosamente los escalones de la escalinata.

Alicia, quedándose sola con Paula, había por fin dado suelta a su dolor.

—Paula, querida Paula, ¿me permite que le dé un abrazo? No sabe usted cuánto he llorado. ¡Si usted lo supiera! Si usted supiera cuánto he sufrido desde... desde que se ha muerto. ¡Oh, no es posible que usted se lo imagine!

Paula, inmóvil, callada, contemplaba a aquella mujer elegante de rasgos puros y hermosos que le hablaba recordando el pasado.

—¿A qué viene todo esto?, dijo.

Y a pesar de haber notado las profundas ojeras y el rostro palido de Alicia, añadió entre dientes:

—¿Acaso no tiene usted parte de la culpa de nuestra desgracia?

Paula atribuía a la negativa de aquella débil criatura enamorada el gusto a la muerte que tantas veces había sorprendido, después de la entrevista de la Chênaie, en los labios de Marcelo, en sus palabras graves llenas de indiferencia por todo. La que estaba llorando en su presencia no hubiese tenido más que pronunciar una sola palabra para que la alegría de vivir y la confianza que impone respeto al peligro mismo penetrasen en el ardiente corazón de su hermano. Y no pronunció aquella palabra a pesar de amarle. Indiferente, no hubiese sido culpable; pero su cobardía venció al amor.

Alicia sollozaba:

—¡Ay! ¡Soy mucho más desgraciada que usted!

Su desesperación era tan evidentemente sincera, que Paula, emocionada, cogió a su antigua amiga entre los brazos, y como otra vez en la alegría, las dos jóvenes mezclaron sus lágrimas en medio de su dolor.

—¡Cuánto le amaba!, dijo Alicia en voz baja.

—¿Por qué no tuvo usted energía?

—¡Ah! ¡Esta es la desgracia de mi vida!

Y entregándose por completo, añadió sollozando:

—Usted puede llorar libremente. Pero yo debo aparentar alegría, cuando llevo la muerte en el alma. ¡Paula, querida Paula, que Dios le libre de sufrir lo que yo sufro!.. Y todo por culpa mía... ¡Ah! ¡Preferiría mil veces ser su viuda!..

De este modo Paula conoció el secreto que ahogaba a su amiga. Por las apariencias, la creía feliz; los rumores del mundo no llegaban hasta el Maupas. Y en aquel momento acababa de ver el castigo inmediato y continuo del miedo a la vida.

Alicia se había apoyado en su pecho como implorando socorro. A pesar del abrigo de piel de marta, temblaba toda.

Paula la abrazó, y levantando con la mano aquel dulce rostro lleno de lágrimas, dijo:

—¡Alicia, cuánto la compadezco! Es preciso que sea usted valiente, que le olvide. Piense en su hija. Haga usted de ella una mujer valiente...

—¡Cuánto le amaba!, repitió débilmente.

La señora Guibert entró, y viendo a las dos jóvenes abrazadas, comprendió la causa de aquella emoción.

—Su madre la está esperando.

Y buscando otra frase, añadió:

—Le agradezco mucho su visita.

Perdonada con estas palabras, Alicia le cogió una mano y la rozó con sus labios. Se enjugó los ojos, miró por última vez el retrato de Marcelo y se marchó...

El coche tomó por la avenida de árboles sin hojas y traspasó la verja.

La señora Dulaurens, nerviosa por el retraso de su hija, la observaba con inquietud, cariñosamente, con celos.

(Se continuará.)



COSAS DE CHINA. — EL HAMBRE Y LA PESTE



En distintas ocasiones nos hemos ocupado de las tentativas que, de algún tiempo á esta parte, hace el Celeste Imperio para arrojar el lastre de sus tradiciones y preocupaciones absurdas que hasta ahora le han impedido utilizar las ventajas de la civilización moderna.

Los efectos de ese movimiento reformador se han dejado sentir primeramente en la enseñanza y en el ejército. En cuanto á la primera, suprimiéronse los antiguos programas, se denunciaron los métodos viejos, creáronse nuevos establecimientos docentes y hasta el propio Confucio vió amenazada su condición divina, quedándole tan sólo la de gran patriota. Las reformas en la enseñanza han modificado el alma de la China, produciendo como primer resultado una exaltación de patriotismo que se manifiesta por el respeto que hoy inspira la bandera del dragón, antes confundida con millares de otras banderas. Por lo que hace al ejército, la afición al militarismo nace ya en la escuela, en cuyas enseñanzas ocupan lugar importante los ejercicios gimnásticos y militares, hasta el punto de que cada establecimiento docente forma un batallón escolar; además, organizanse concursos entre las diversas escuelas, habiendo llegado á reunirse doce y hasta quince mil escolares que, en presencia de las más altas autoridades, han efectuado verdaderos juegos olímpicos con un ardor y un entusiasmo que

mujer; las jóvenes tienen también sus escuelas, en las que aprenden historia, geografía, matemáticas, física, química, higiene.

Por otra parte, el pueblo siente verdadero afán por leer é instruirse, haciéndose cada día más necesaria la creación de bibliotecas públicas, que por desgracia no existen todavía, pues no merece propiamente

traducidas del inglés, del alemán, del francés y del japonés, y editadas en el Japón.

Sabido es que una de las costumbres que más desastrosos efectos produce en China es la de fumar opio. Hasta ahora, nadie se había atrevido á prohibirla y casi á contenerla dentro de ciertos límites; pero en 21 de noviembre del año último un decreto imperial aprobó un

proyecto de ley que contiene diez artículos prohibitivos referentes á la reglamentación y supresión del opio en el Celeste Imperio. Las principales disposiciones de esa ley son las siguientes:

El cultivo de la adormidera y el uso del opio habrán de cesar en absoluto en el espacio de diez años. Los virreyes y los gobernadores ordenarán á sus subprefectos que hagan un censo exacto de las tierras en donde antes no se haya practicado, bajo pena de confiscación.

Todas las personas que usan el opio inscribirán en un registro, que llevará la autoridad local, su nombre, profesión, edad y domicilio, debiendo desde ahora abstenerse de fumar aquella droga los bachilleres, licenciados, notables y mandarines, á fin de dar buen ejemplo al pueblo.

Todos los fumadores de opio habrán de cerrarse en el espacio de seis meses, y en el mismo plazo cesará la venta de pipas y otros objetos usados por los fumadores.

Queda desde luego prohibido á los vendedores de



EL HAMBRE Y LA PESTE EN CHINA. — VISTA PARCIAL DE UNO DE LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN INSTALADOS EN TCHING-KING-FU

el nombre de tal la que ha fundado en Pekín una institución norteamericana, la *Boone School*, y que sólo cuenta 1.500 volúmenes. Pocas literaturas hay más ricas que la de una nación que ha sido la educadora de todo el extremo Oriente; pero la mayoría de los libros más notables y preciosos hállanse en poder de literatos y hombres de ciencia que los con-

licenciados, notables y mandarines, á fin de dar buen ejemplo al pueblo.

Todos los fumadores de opio habrán de cerrarse en el espacio de seis meses, y en el mismo plazo cesará la venta de pipas y otros objetos usados por los fumadores.

Queda desde luego prohibido á los vendedores de



EL HAMBRE Y LA PESTE EN CHINA. — UN MILLÓN DE PERSONAS EN PELIGRO. — VISTA GENERAL DE UNO DE LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN INSTALADOS EN TCHING-KING-FU PARA RECOGER Á LOS INFELICES ARROJADOS DE SUS HOGARES POR LAS INUNDACIONES (De fotografías del capitán Kirton, enviado de los comités de socorro ingleses y norteamericanos, comunicada por Photo-Nouvelles.)

contrastan con la indiferencia y la apatía características antes del pueblo chino.

En ese movimiento social no ha sido olvidada la

servan celosamente y no consentirían en desprenderse de ellos. A falta de popularización de los autores nacionales, comienzan ya á circular en China obras

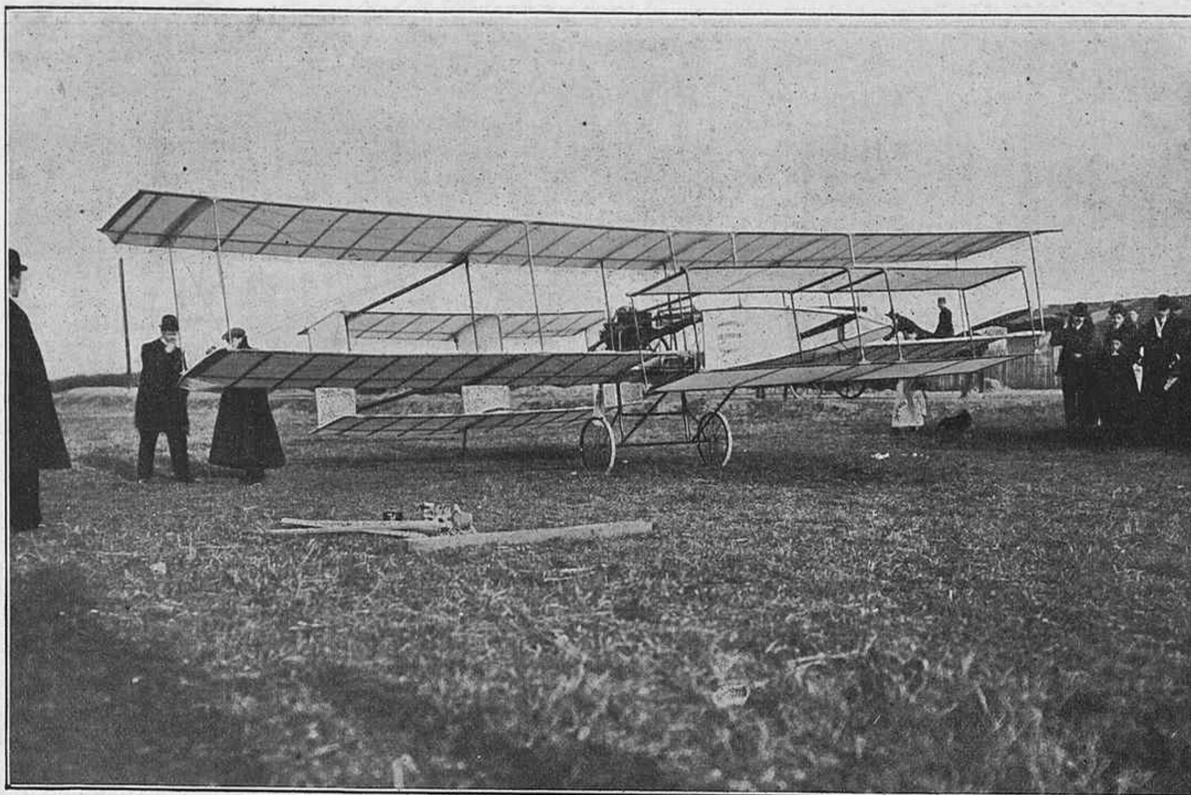
vinos y licores y á las casas de te vender opio.

Las sociedades contra el uso del opio serán oficialmente apoyadas por el gobierno, y las autoridades

chinas se pondrán de acuerdo con el ministro de Inglaterra en Pekín para que la importación del opio de las Indias y de otras naciones extranjeras disminuya progresivamente y cese en absoluto en un porvenir próximo.

Ese espíritu de regeneración avanza con relativa rapidez; pero el imperio chino es tan inmenso, las viejas preocupaciones están tan arraigadas en la población rural, que ha de transcurrir mucho tiempo antes de que todo el pueblo sienta los beneficios efectos de las iniciadas reformas civilizadoras.

Ahora mismo, en la provincia de Kiangsu, una formidable inundación ha devastado grandes territorios destinados al cultivo del arroz, sumiendo en la miseria á más de un millón de habitantes. El hambre y la peste han causado estragos entre aquellas gentes, contándose por millares los muertos. Para aminorar los terribles efectos de la catástrofe se han instalado en Tching-King-Fu varios campos de concentración, en donde una multitud inmensa es socorrida, en la medida de lo posible, por las autoridades chinas y por algunas sociedades inglesas y norteamericanas que han enviado allí sus representantes. Uno de éstos es el capitán inglés Korton, autor de las fotografías que en la página anterior reproducimos.—S.



PARÍS. — EL AEROPLANO KAPFERER, RECIENTEMENTE ENSAYALO EN PARÍS. (De fotografía de Branger.)

EL AEROPLANO KAPFERER

Recientemente se ha ensayado en París con éxito satisfactorio este nuevo aparato volador, que se parece á todos sus similares y lleva un motor Buchet, de 24 caballos de fuerza y cuatro cilindros, y cuya superficie es de 45 metros.

La conquista del aire interesa cada vez más, y de día en día salen nuevos inventores que pretenden resolver el importante problema, unos por medio de los globos aerostáticos y otros por medio de los lla-

ponden 800.000 francos. Para las pruebas de trayecto impuesto hay 923.000 francos correspondientes á un trayecto total de 1.146 kilómetros, tocando, por consiguiente, á 892 francos por kilómetro. No puede negarse que esas cifras son tentadoras y capaces de aguzar el ingenio á los inventores de todo el mundo.

¡Cuán distintos los actuales tiempos de aquellos en que se tachaba de locos y se negaba toda protección á los que perseguían la solución de alguno de esos problemas que por lo extraordinarios no podían ser comprendidos por el vulgo!—X.

mados aviadores ó aparatos más pesados que el aire.

Estos últimos no pueden quejarse de falta de estímulos morales y materiales; en prueba de ello, véase el estado que publicó hace poco el periódico parisiense *L'Aerophile* de las cantidades ofrecidas á los aviadores como recompensa de sus esfuerzos: prueba París-Londres, 250.000 francos; prueba Londres-Manchester, 250.000 francos; prueba de tres millas en círculo, 62.500 francos; prueba de un kilómetro, 50.000 francos; otras varias pruebas, 400.000 francos. Es decir, un total de cerca de 1.100.000 francos destinados á varios concursos que han de efectuarse en 1907 y 1908. Sólo á los del presente año corres-

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUGE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO
HISPANO-AMERICANO
DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA
EDICIÓN PROFUSAMENTE ILUSTRADA
La obra se reparte por cuadernos de CUATRO REALES, los cuales constan de SEIS PLEGOS DE 8 PÁGINAS DE TEXTO CADA UNO. Siempre que al cuaderno de reparto se acompaña una lámina suelta impresa en colores, mapa ó cromo, se considerará cada una como un pliego de texto.
También se admiten suscripciones por tomos pagando á plazos mensuales.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
*
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

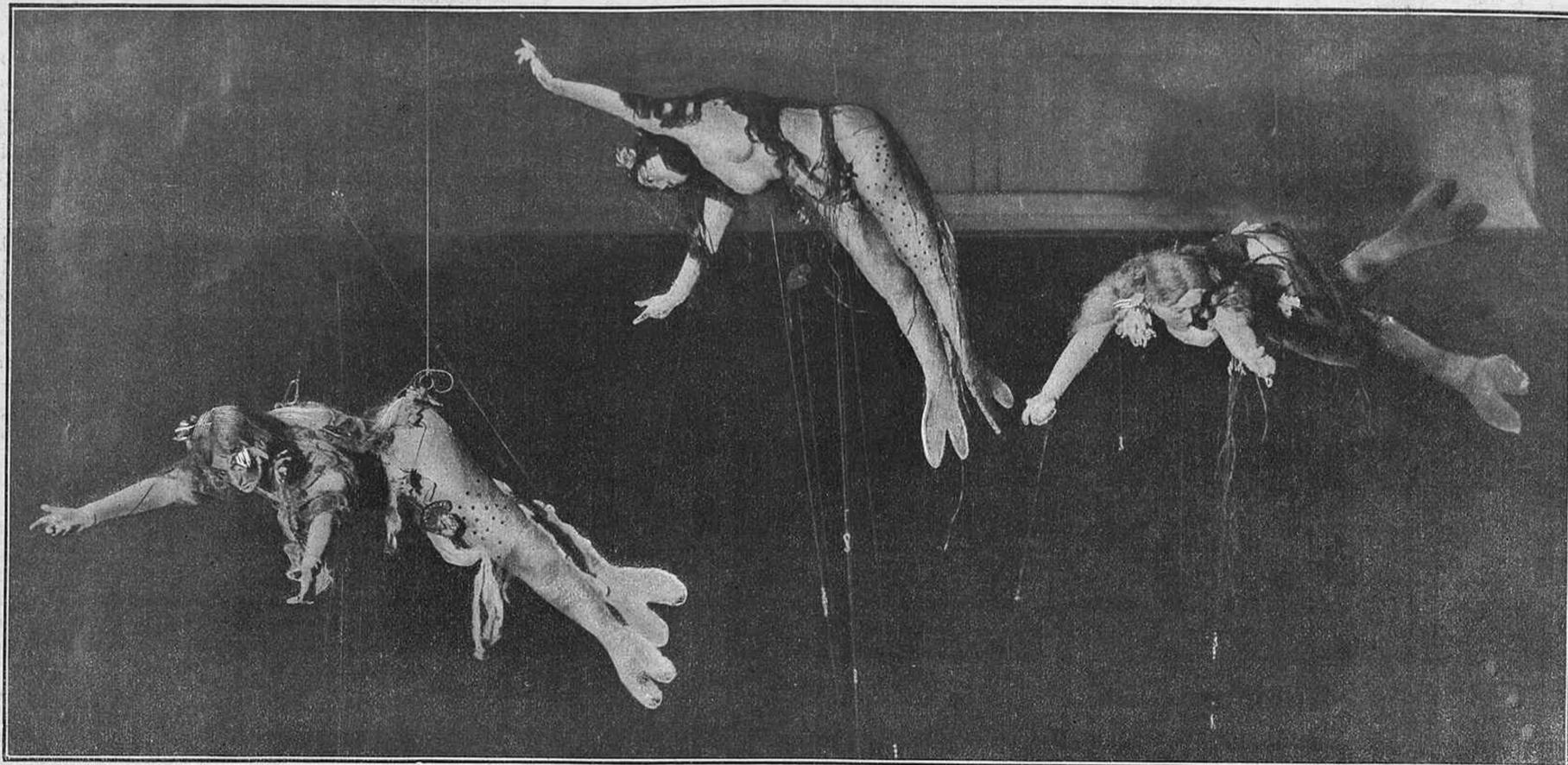
REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN ÉXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

VINO AROUD
CARNE-QUINA
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

◀ **ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE** ▶
Curada por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

HARINA LACTEADA NESTLÉ
Contiene la mejor leche de vaca.
Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

APIOLINA CHAPOTEAUT
SALUD DE LAS SEÑORAS
(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)
Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.
PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias



BUDAPEST. — LAS HIJAS DEL RHIN EN EL TEATRO DE LA ÓPERA. ESCENA DEL PRIMER ACTO DE LA ÓPERA DE WAGNER «EL ORO DEL RHIN.»
(De fotografía de Carlos Trampus.)

En el teatro de la Ópera de Budapest se ha puesto en escena recientemente *El oro del Rhin*, primera parte de la tetralogía de Wagner *El anillo del Nibelungo*. En el primer acto, como es sabido, se ve en el fondo del escenario el río, por entre cuyas aguas nadan las hijas del Rhin, las guardadoras del oro que ha de hacer omnipotente al que lo posea y con él forje un anillo. Para representar esos movimientos en las graciosas ondinas se han inventado varios *trucs* en los distintos coliseos en donde aquella ópera se ha cantado; pero de todos ellos el más ingenioso es sin duda el puesto en práctica en el teatro de la capital de Hungría. El público sólo ve á las tres hijas del Rhin, Flosshil-

da, Welgunda y Weglinda, nadar de un lado á otro, sumergirse hasta el fondo del río, remontar hasta la superficie con la soltura y agilidad de verdaderos peces y al fin subir á lo alto de las rocas y desaparecer cautelosamente huyendo de la persecución del enano Alberico.

El *truc* que se emplea consiste en una porción de alambres invisibles para los espectadores y á los cuales van atados el cuerpo, brazos y piernas de las ondinas; esos alambres se enrollan en enormes cabrias colocadas en el foso, y á las maniobras de éstas responden los movimientos de aquéllas, produciendo una ilusión completa.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Espustos de sangre, los Catarros, la Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

PILULES de BLANCARD

EXIGIR LA SIGNATURE

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

DESPÓSITO: BLANCARD & Co., 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS DRES JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORS, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS 165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Paris

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

PUREZA DEL CUTIS

LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDES 16 St-Denis, 16

PATE EPILATOIRE DUSSE destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSE**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN